

## CORRESPONDENCIA

## GOLFO DE GUINEA

*Influencia de la Misión católica, beneficiosa para España*

El R. P. Manuel Mallén, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, escribe desde Santa Isabel el 1.º de Abril último:

EN el movimiento que va acentuándose hacia la Religión, también le cabe una no pequeña parte á esta capital, Santa Isabel, donde goza el misionero de un grande prestigio; y sin distinción de cultos, todos reconocen en él como al enviado del Señor, y á diario nos están dando las pruebas de muchas simpatías y aun cariño; como lo vamos experimentando singularmente cuando en cumplimiento de nuestro sagrado ministerio habemos de recorrer las fincas pernoctando en ellas. Si anticipadamente no los conociéramos, sería imposible apreciar la religión é ideas que profesan; pues beneficios muy singulares y de algún valor nos están prodigando los más adictos al Protestantismo. Hay una barrera muy grande para que esta influencia social no se extienda al orden religioso, y es la cuestión de siempre ó sea la de nacionalidad: ser protestante ha sido y es sinónimo de inglés ó afecto al anglicanismo, y católico al de español. Varios no han abrazado la Religión católica guiados de tan erróneas apreciaciones, si bien que el misionero, en su grande obra de evangelización, ha tenido fijas sus miradas en la mayor gloria de Dios, pero sin perder momento para dar esplendor á la patria. La influencia de la Misión se ha dejado sentir lo bastante; y si bien han sido muy adictos los protestantes á la bandera británica, poco á poco van perdiendo terreno, mientras que el espíritu patrio va arraigándose; y á la Religión católica se le augura un lisongero porvenir en esta misma población, si algún contratiempo no viene á eclipsarlo.

El domingo pasado pudimos ofrecer al Señor una

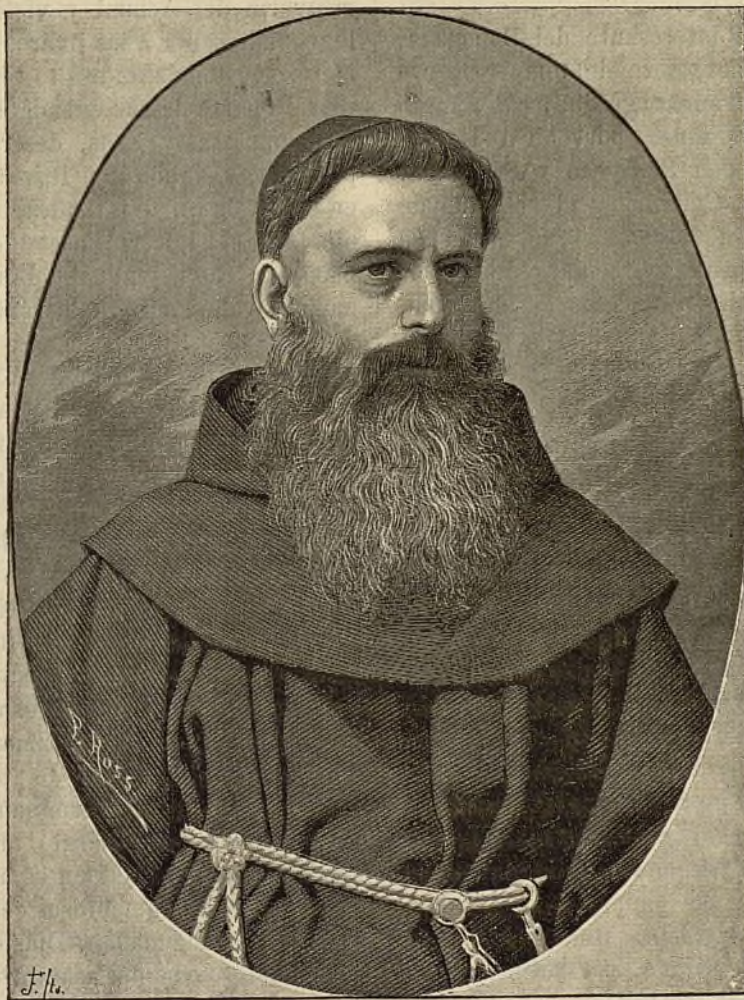
ofrenda de mayor excepción, y sin duda debió de ser muy del agrado de Dios. Me refiero al bautismo de uno de los principales que con más tesón habían secundado las enseñanzas del apóstata de Witemberg.

Para sobornar con más feliz éxito á los de color, puesto que con tanta facilidad se dejan deslumbrar por el aparato exterior, les dejan ejercer algunos oficios en sus meetings religiosos, siendo objeto de ambición, y llegan á levantarlos á algunos tanto, que entresacan á los más fervorosos y llegan á nombrarlos pastores con el título de reverendos.

El Sr. Macole, que así se llama el neo-converso, desempeñaba el cargo de recolector segundo de las ofrendas que nunca han de faltar para sostener y acrecentar los bienes de la obra de *descristianización* en la capilla metodista, y ciego con este empleo, se hacía sordo á las voces del Señor, que de tiempo atrás le iba llamando hasta que le hizo romper estas ligaduras de una manera violenta, con la afrenta que el pastor le dió en el meeting posponiéndole públicamente á otros de menor categoría. Pero como únicamente le tenían ligado lazos de carne y sangre, supo aprovechar la ocasión para dar un traspié con tales mogigangas, convirtiéndose de veras al Catolicismo: habiendo antes hecho la abjuración de su herejía con indecible ternura de su alma, recibió las aguas bautismales, tomando el nombre de Luís.

En cambio, una vieja sacerdotisa, apoyo y sostén del

sexo mujeril, pasó á dar cuenta al Señor de la cruda guerra sostenida contra la Misión. Justos juicios de Dios. Un negro pastorcillo acababa de levantarse una casa acomodada á la categoría de reverendo, y en ella tenía asilada á la sacerdotisa, pero vino un fuerte vendabal conocido con el nombre de tornado, hace tambalear la casa y terminó por derrumbarla, y la infeliz mujer, al querer emprender la fuga, su cabeza quedó aplastada por una columna. Si hubiera permanecido serena, sin moverse, nada le hubiera sucedido; siendo como son de madera, caen á plomo sin deshacerse. Aquí se cumplió á la letra: el uno será tomado, y dejado el otro.



R. P. SALVADOR DE CAPADOCIA, franciscano. (Pág. 406)



## ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO,  
POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PRE-  
DICADORES.

## XII

*La prisión*

**D**ESPUÉS de cuatro años de apostolado en las tribus salvajes de Macas, cúpome la suerte de evangelizar la hermosa grey de los pequeños pueblos de las pintorescas orillas del Bobonaza.

Cuatro pueblos bañan las aguas de este simpático río: Canelos, Pacayacu, Sarayacu y Juanjiri, que se los va encontrando sucesivamente, con agradable sorpresa, y que son como deliciosos oasis en ese dilatado Sahara de verdura.

Canelos es el pueblo más interesante del Bobonaza; cuenta con ochocientos indios, goza de temperamento medio, su territorio es fértil en alto grado, y como punto de inmigración, presenta verdadero porvenir á la República. Sucede otro tanto con Pacayacu y Sarayacu: el primero pueblo de doce familias, y el segundo de quinientas almas: no así con Juanjiri que, separado notablemente hasta de los pequeños ramales de la cordillera, hállase más bien en terreno bajo é inundable, y por lo mismo, menos á propósito para la agricultura.

Las aguas del Bobonaza son la única vía de comunicación entre estos pueblos, y las canoas los exclusivos vehículos de transporte: tan necesaria es la canoa en este río, que sería imposible dar un solo paso sin ella; todos la manejan muy bien, y no se distinguen en esto los valientes guerreros del desierto de las tímidas damas del Oriente.

El Bobonaza, además de los pueblos mentados, tiene numerosos *tambos*. Denomínanse así las chozas aisladas con sementeras, ó una choza sola que yace en medio de la soledad, para dar abrigo á los cazadores; y en este sentido, el Bobonaza se halla habitado desde las cabeceras casi hasta la desembocadura en el Pastaza.

El Bobonaza es delicioso y preciosísimo río, ora por lo encantador de sus márgenes, ora por la mansedumbre de sus apacibles aguas, ora porque sin obstáculo pudieran surcar, por el cristal de sus ondas, pequeñas lanchas á vapor desde el Pastaza hasta Juanjiri.

El 15 de Agosto de 1892 saludé, por primera vez, la inmensa playa del Pastaza, en la desembocadura del Bobonaza, y dos leguas más abajo, abordé en la histórica aldehuela de Andoas. Mi arribo fué señal de gozo, de libertad y triunfo para los infelices andoanos, largo tiempo oprimidos bajo el pesado yugo de comerciantes sin ley ni conciencia, venidos allende el Marañón.

La historia de Andoas puede reducirse á dos párrafos: primero, que ha sido destruída algunas veces, una por los salvajes del Macuma y varias por los comerciantes ó gobernadores del Perú; y segundo, que siempre ha sido reconstruída por los misioneros ecuatorianos.

Este solo hecho bastaría para abogar en favor de nuestros legítimos derechos sobre Andoas; pero somos tan desgraciados acerca de límites con nuestra vecina del Mediodía, que aun en la actualidad tolera impasible nuestro Gobierno un gobernador y soldados peruanos en Andoas.

Aprovechando mi permanencia en Andoas, quise recorrer en opuesto sentido el territorio que le corresponde, y emprendí largo viaje hacia el Macuma, afluente del Morona, donde fuí herido por impresiones que jamás se borrarán de mi memoria, y que las dejo para otra ocasión.

A mi regreso del Macuma encontré alborotados á los andoanos contra el ecuatoriano Adolfo Valverde; lanza en ristre exigíanle la devolución de unas alhajas de su iglesia.

He aquí un semillero de disgustos y el origen de uno de los pretextos que influyeron en nuestros desagradados con el Perú; pero también que han redundado en nuestro bien.

En el año 1887 el peruano Leoncio Ross, asaltando la jivaría del Achual y victimando algunos salvajes, logró indisponer á los jívaros contra los andoanos: temerosos éstos de un asalto terrible y hecatombe ejemplar de parte de sus enemigos, todos en masa, arrasando sementeras y casas, destruyeron Andoas, por vez postrera, y siguieron á Ross á explotar goma elástica en el río Tigre. Los andoanos lleváronse consigo las alhajas de la iglesia; poco después éstas cayeron en manos de Ross, y al cabo de mil peripecias llegaron á manos de Ramón Bernales, subprefecto de Yurimaguas.

En 1889 y 1890, nuestros PP. misioneros Pío Becerra y Pedro Guerrero Sosa reedificaron Andoas, reuniendo con infinito trabajo algunas familias que, habiéndose escapado de la tiranía de Ross en el Tigre, volvieron á vivir diseminadas, como bestias, en el bosque.

Sabedores los peruanos de la reconstrucción de Andoas, trataron de enviar nuevo gobernador, é invistieron con tal título á Resurrección Ríos Tuesta. El subprefecto Ramón Bernales entregó á éste por inventario las alhajas de la iglesia de Andoas, ordenándole bajo penas severas y su más estricta responsabilidad la devolución de las alhajas á sus legítimos dueños, los andoanos. Tuesta hízose reconocer de gobernador por los indios, indicóles las órdenes terminantes que traía respecto á las alhajas, y sin embargo, añadió: que no cumpliría con tales órdenes, si antes no le pagaban el último maravedí de los numerosos centenares de soles que los andoanos le adeudaban. Días después, entregando las alhajas en manos del ecuatoriano Adolfo Valverde, su dependiente, Ríos Tuesta se marchó al Marañón.

Cuando llegué á Andoas, Valverde convínose conmigo á bajar al Marañón: sabedores de esto los indios, lanza en mano pedíanle cuenta de las alhajas. Se vió, pues, obligado á entregarles por inventario, apoyado en las órdenes de Ramón Bernales, pero protestando, no obstante, que cedía tan sólo ante la actitud hostil y feroz resolución de los indios.

Poco después Valverde y yo zarpábamos del puerto de Andoas y tomábamos el rumbo del Marañón. Mas nos separamos pronto, porque Valverde debía bajar á San Lorenzo, hacienda de Ríos Tuesta, situada al frente de la boca del Guallaga, y yo debía subir al Morona, pasando por San Antonio y Barrancas, á ponerme cerca de Manserriche.

El Pastaza es río de primer orden en nuestro sistema fluvial; de orillas pintorescas, playas bellísimas, algai-



das deliciosas, abundante en pesca y huevos de tortuga; pero casi enteramente inútil para la navegación á vapor. Heroicos esfuerzos han hecho varios capitanes peruanos y brasileiros con lanchas de la Compañía Amazonas-Limitada ó de dueños particulares para poder ascender más arriba del Guasaga, que viene á desaguar en el término medio entre la confluencia del Bobonaza con el Pastaza, y de éste con el Marañón: hasta el Guasaga han caminado con algo de dificultad, pero sin peligro, varias lanchas de una braza de calado, como la *Iquitos*, la *Río Negro*, la *Samiria*, la *Onza*, lanchas de veinte á treinta toneladas. Crecido el Pastaza, estas lanchas pudieran avanzar algo más, pero el peligro sería constante y se expondrían á encallar en la arena á cada paso; porque las aguas de este río se extienden en una playa de ochocientos á mil metros de latitud, y si bien prestan fondo en algunos puntos para buques de menor calado, en otros no prestan ni para canoas.

Ni se crea que sea éste el único obstáculo de la navegación en el Pastaza, hay otros peores: cuando el río está bajo, ordinariamente no hay fondo suficiente para buques de ninguna clase; cuando está crecido, ó arremolinando bancos de arena en forma circular ó espiral, abre infinitas pequeñas vorágines, ó levantando numerosos torbellinos que revuelven rápidamente considerables cantidades de arena, lánzalas á la superficie formando ruedas y vertiginosos giros, que estorbarían el movimiento del hélice del buque, le darían forzado y contrario giro, y aun harían peligrar la débil fuerza de sus alas.

El único medio de obviar esta dificultad sería el empleo de buques de construcción enteramente especial, que, rompiendo á toda fuerza vorágines y torbellinos, y calando nada más que medio metro, recorriera veloz toda la superficie del Pastaza al Bobonaza y la de éste á Juanjiri (1). Con todo, sería indispensable un práctico que dirigiese el buque con tino y lo condujese, formando zetas y eses irregulares y caprichosas figuras, para evitar los bancos de arena; ó sería necesario limpiar ó ahondar con buenas dragas el molesto cauce del Pastaza.

El buque *Sabiá*, brasileiro, de cerca de doscientas toneladas y treinta tripulantes, perteneciente á la Compañía Amazonas-Limitada, es de construcción enteramente especial en su género; cargado no cala más de medio metro, y llena á satisfacción todas las condiciones apetecibles al fin indicado.

El 8 de Septiembre, día de la Natividad de la Inmaculada Virgen María, el Pastaza hallábase hinchado y furioso: en la anchura de mil metros, promontorios de agua serpenteaban rápidos y fugaces como exhalación, turbiones cenicientos, ondulando como lomo de danta, se empujaban unos á otros, y toda esta encrespada corriente precipitábase con rapidez, como atraída por poderoso imán. A lo lejos se veía dilatado entre el bosque y el celeste espacio, formando límite con el horizonte, un inmenso y poético cuadro de cristal opaco (2), con angosta moldura de verde esmeralda. Al acercarnos al

mágico cuadro, disminuyen de repente los gigantescos promontorios del Pastaza, los turbiones de rápida ondulación se vuelven insensibles, y, como por encanto, se convierten luego en agitados rizos cuya circular huella se sumerge en el ancho y turbulento seno de un espacioso mar. Mi frágil navecilla corría á través de blanca espuma, agitando los crespos rizos del imperio de Neptuno; todavía quedaba ligero surco tras ella en el Pastaza, cuando saludé con asombro, por vez primera, al monarca de los ríos del mundo, y rompía en seguida la quilla de mi nao las majestuosas ondas del magnífico Marañón.

¡Cuán asombroso es el Marañón para quien, como yo, por primera vez tenía el honor de visitarle! en él se realiza una idea de lo sublime: yo al mirarlo me sobrecogí de terror, porque creí ver ahí el más sorprendente atributo divino, *la inmensidad ó infinidad de Dios*. Un sabio europeo dice que al contemplar por vez primera la majestad del Chimborazo, lo habría adorado como Dios si no hubiera sido católico; y yo creí sentir derramada de manera visible la presencia del Ser Supremo en la vasta superficie de las ondas marañónicas. Ese mar dilatado cuyos límites se escapan á la vista; esa inmensa mole de aguas en vaivén; esas transparentes profundidades donde surgen animales extraños, gigantescos y terribles, dueños del abismo; ese inquieto flujo y reflujo que choca entre rocas y algas; esa marejada que invade la blanca y arenisca playa y vuelve á sumergirse en el turbulento seno; las flores y plantas de maravilloso follaje que á la margen balancean á los rayos del sol; el árbol que eleva su copa y tiende las ramas sobre el cristal de las ondas; la flor que abre su cáliz y esparce perfumes; la nube que de repente cruza los aires y el agua que corre levantando olas; todo esto ofrece por do quiera encantos y sublimidad cuyo verdadero origen es invisible y no nos revela sino la fe; pero ahí está la presencia de Dios, velada, sí, mas brillando entre espesas sombras que le ocultan á los ojos; esa presencia divina derrámase de manera maravillosa é inefable, se desborda é invade suavemente la superficie de la inmensa mole de aguas y del bosque solitario, dando alegría á la vida, sonrisa á la naturaleza, consuelo al corazón sinceramente creyente.

Algunas horas después, hacia la tarde del mismo día, una sorda mareta confirmábame en mis anteriores reflexiones, pero me infundía mayor terror.

Había caminado casi todo el día contra la corriente del gran río; me dirigía á conocer personalmente la gran cascada y espléndido fenómeno marañónico denominado *Pongo de Monserriche*, que se halla, por lo menos, á doce días, en canoa, de la desembocadura del Pastaza, esto es, á más de cien millas. A las cinco de la tarde un viento algo recio levantó fuerte olaje que amenazaba sumergir mi canoa; el golpe terrible fué precisamente en medio del río, al pasar de un lado á otro. Seguro estoy que si Juan Cruz, indio andeano, de miembros fornidos y fuerza hercúlea, no se hubiese tendido en popa, para sostener la canoa, ésta habría sido arrebatada como paja y sepultada en el abismo con pasajero y tripulantes. Acabamos de orillar cuando cesó la borrasca; el agua siguió, sin embargo, agitada y amenazante: quedamos ahí, porque nos sorprendió la noche.

(1) El Pastaza sólo pudiera ser navegable hasta dos ó tres leguas más arriba de la desembocadura del Bobonaza; mientras éste lo es, á vapor, hasta Juanjiri.

(2) El agua de la mayor parte de los ríos del Oriente, en la región amazónica, es demasíadamente turbia.



Atracada la canoa en el recodo de una hermosa bahía, amanecí suspenso en ella, bamboleando como péndola oscilando al vaivén de la corriente.

Antes de entregarnos en manos de Morfeo matamos el hambre, que nos devoraba, con una ligera cena. El pungente olor de las viandas fué causa de acercarse numerosas bestias marítimas á la canoa, en tal grado que, durante toda la noche, me inspiraron serios temores por mi existencia.

Con todo, á la feroz y hambrienta plaga de zancudos estaba reservado propinarme, en aquella fatal y aciaga noche, los mayores tormentos de toda mi vida: no embargante la ropa que vestía, sin darme un momento de reposo, clavaron en mí punzantes agujones como alfileres; ebrios de sangre, hinchados como sanguijuela, esponjados como pequeño tambor, dejábanse matar á millares de una sola manotada, y la sangre corría á borbotones, cual de herida abierta al corte de acerada espada.

¡Oh noche memorable!

¡Cuántas veces habría preferido arrojarme al agua para ser triturado instantáneamente por los dientes del feroz lagarto, antes que verme agonizante, desangrándome en medio de tormentos, por toda una noche, con millones de imperceptibles lancetillas afiladas y llenas de fuego ardiente y de vida! El combate fué constante y de vida ó muerte: yo me defendía y mataba zancudos con pies y manos, revolcándome sobre la canoa, en la obscuridad de la noche: la diabólica plaga me acometía, chupaba la sangre, hacíame desesperar de mi impotencia contra ella, y me sumergía en un baño candente de agudos piquetes. ¡Cuántas veces lucharon bajo el pecho, en un mismo momento y con igual fuerza, las negras sombras de la desesperación con los blancos albos de la resignación: mil veces me vi al borde de una rabia fatal, y otras tantas la gracia de Dios bondadoso me escudaba, á la manera precisamente que mi pequeña nao, flotante sobre el abismo, me impedía ser tragado por él.

Nunca trabé tan desigual y tan rudo combate, y jamás pude imaginar la superioridad de una plaga de insectos pequeñísima, aunque terrible, sobre las fuerzas del hombre: ignoraba su número y el poder de su aguijón, y creí evitar la lucha con quedar vestido de pies á cabeza. ¡Cuán vanos salieron mis cálculos!

Al amanecer de noche tan funesta, hallábame enteramente rendido; débil y sin fuerzas, me sentía como muerto. Pero siguiendo la marcha, mientras bogaban mis conductores, libre ya de enemigo tan sañudo, entregado al sueño largas horas, tornáronme la vida y las fuerzas.

## BRASIL

*El mes de las flores.—Favores del Corazón de María*

El R. P. Ramón Genover, C. M. F., escribe desde San Pablo el 3 de Junio de 1896:

**H**EMOS terminado lo que ahí llaman mes de las flores y que con razón se dedica á Aquella purísima Virgen que se apellida rosa de Jericó, flor del campo, lirio de los valles. En este país americano y perteneciente á otro hemisferio, como las estaciones

están invertidas, este mes no es el mes de las flores, sino que es la terminación del otoño, y con más razón puede llamarse de las frutas, porque ahora es cuando muchos frutales las dan, como los naranjos, limones, etc., y también varios cereales como el maíz, judías, etc. No se crea que esto ceda en perjuicio del culto de la Virgen nuestra Madre; antes al contrario, es favorable, porque muchas iglesias, acomodándose á la costumbre europea, celebran este mes en honor á la Virgen, y otras no pocas, fijándose en el significado, le ofrecen el mes de Noviembre, cerrándolo con la solemnísimas fiesta de la Inmaculada Concepción.

En esta ciudad en que nos hallamos, cuando llegamos en el pasado Diciembre, solemnizábase con esplendor este mes en la Matriz de la Consolación y de Santa Efígenia, y ahora lo han celebrado con pompa los Padres Jesuítas, Santa Cecilia y otras iglesias. Nosotros, como hasta hoy no tenemos todavía iglesia propia, no hemos podido establecer la costumbre; con todo, ya hemos tenido la dicha de predicar las glorias de nuestra Madre en las de San Francisco, Santa Casa de Misericordia y capilla de Santa Cruz. Cuando dispongamos de un templo propio, sin perjuicio de acomodarnos en algo á España, será lo más fácil celebrar el mes de las flores en Noviembre, puesto que entonces nos hallamos en época en que no se acostumbra predicar Misiones y estamos todos reunidos en casa.

Nuestras sencillas exhortaciones á los fieles en el mes pasado, ya comenzaron á dar sus frutos, conmoviéndose el Inmaculado Corazón de María y principiendo á derramar bienes á estas sencillas gentes. En San Francisco dirigiéronse súplicas á nuestra Madre, que fueron maravillosamente atendidas.

En la Santa Casa no fueron menores los frutos. Varias conversiones obtenidas después de muchos ruegos, la paz de algunas familias que andaban harto turbadas, el regreso al buen camino de almas extraviadas y algunos favores corporales, fueron testimonios fehacientes de la complacencia con que oía nuestra Madre á unas trescientas voces que diariamente le cantaban con entusiasmo: *Coração de Maria, sede nossa salvação*. Al fin del mes comulgó toda la casa, exceptuando algunos pocos enfermos y algún dependiente más enfermo aún en cuanto al alma.

Va extinguiéndose ya, gracias al Señor, la epidemia de fiebre amarilla ó vómito negro, que en este año sobre todo se ha cebado en varias poblaciones de este Estado y de Río Janeiro. No ha sido ciertamente una epidemia muy terrible, como lo fué el cólera morbo y otras en España; pero ha sido lo bastante para asustar á mucha gente.

Otros enemigos domésticos hallamos en esta tierra, que son también propios de los países tropicales. Hay en el interior del Estado buena cosecha de *niguas*; en ésta no hay tantas, y dan no poco que sufrir á los extranjeros que, sin conocer lo que aquí pasa, se vienen á este país. Estos bichillos son semejantes á las pulgas; pero tienen el instinto de introducirse solapadamente en la misma carne, y si se omite por algunos días su extracción, hacen su nido que llenan de huevos, los cuales vienen á convertirse en otros tantos enemigos, que pueden ocasionar graves daños, hasta gangrenar



la carne. Por fortuna, con un poquito de unguento mercurial y gasa fenicada aplicadas al paraje dolorido, luego de extraer los habitantes, se repara todo el mal que hubieran podido ocasionar.

### TIERRA DEL FUEGO

*Un nuevo ángel en el cielo.—La fiesta de la Purísima en Puntarenas*

El R. P. Mayorino Borgatello, misionero salesiano, desde Puntarenas escribe en Enero último al Rmo. P. D. Rúa:

UNA india de seis años de edad, llamada María Pacífica Grandi, voló al paraíso la antevíspera de la Natividad de María Santísima. Fué recogida con su madre desde muy pequeña, en la Misión de

para recibir á Jesús en su inocente corazón, envidiando á sus compañeras, especialmente en las principales solemnidades, cuando se acercaban á la Santa Comunión, y acompañándolas al altar con sus ojos vivos y llenos de lágrimas. Siempre preguntaba á las Hermanas:

—¿Cuándo podré hacer mi primera Comunión?

—Cuando seas mayorcita y más buena, respondían ellas.

—Sí, quiero ser muy buena; pero permítanme que pueda recibir pronto á mi buen Jesús en mi corazón: ¡yo le amo tanto! deseo recibirle cuanto antes; permítanme que pueda hacer pronto mi primera Comunión.

Las Hermanas, atendidos sus pocos años, procuraban dar tiempo al tiempo. Sabía además leer, escribir y contar muy bien. Pero tan cándido lirio no debía permanecer por mucho tiempo entre las espinas de este



NORUEGA.— La fortaleza Fredriksten en Fredriksald. (Pág. 399)

Dawsón, y educada por las Hijas de María Auxiliadora, que supieron infundir de tal manera en el corazón de la tierna parvulita el santo temor de Dios y el amor á María Santísima, que la hicieron modelo de niña cristiana. Aunque se llamaba Pacífica, era de carácter vivísimo; pero bastaba que se le dijese: «Sé buena por amor de Dios, por amor de Jesús y María,» para que se compusiese al momento como una santita. A los seis años sabía ya muy bien todas las oraciones en castellano y en latín, incluido también el Rosario, que solía recitar, acompañándolo devotamente con la Corona: sabía de memoria todo el pequeño Catecismo, y mostraba entenderlo bien, porque hacía siempre muchas preguntas y observaciones á sus maestras. Se confesaba ya y tenía un deseo ardentísimo de hacer la primera Comunión,

mundo. Durante la novena de la Asunción enfermó: al principio parecía cosa leve, pero el mal fué en aumento, y si bien se le prodigaron los mayores cuidados, todo fué inútil. Desde los primeros días de su enfermedad, la inocente Pacífica se hacía admirar de cuantos la visitaban, pues no hablaba más que de ir al paraíso con los Angeles y Santos, con Jesús y María, sin demostrar nunca deseos de recobrar la perdida salud.

Siguiendo su curso la enfermedad, empeoró la niña de tal modo, que temimos un inmediato y funesto desenlace. Pidió ella misma confesarse, y lo hizo con tanta compunción y devoción, que enterneció á su mismo confesor: después renovó la súplica á fin de que se la permitiera hacer la Comunión, pues quería irse con su Jesús al cielo; y cuando su confesor la prometió que sa-



tisfaria sus ardientes deseos llevándole la Santísima Eucaristía, se la vió de súbito cambiar color, y de pálida que estaba, se volvió encarnada como una rosa: dulce sonrisa se dibujó en sus labios, y de aquellos dos ojitos empañados por la enfermedad, asomaron dos lágrimas que rodaron por sus mejillas, repitiendo por varias veces entre sollozos:

—Sí, sí, ¡venga Jesús á mi corazón! ¡Gracias, Padre, gracias! ¡Oh, al fin podré hacer mi primera Comunión!

Se preparó con ardientes suspiros. Las buenas Hermanas arreglaron luego el cuarto y el pobre lecho del mejor modo posible; le pusieron en la cabeza un finísimo velo blanco con una corona de rosas, preparándola para la *primera Comunión y Viático para la eternidad*. Ella lo comprendía todo, y se deshacía en afectos al Señor.

Cuando fueron avisadas sus compañeras, todas quisieron tomar parte en aquel solemne acto: las internas y algunas externas con las Hermanas, acompañaron con velas encendidas al Santísimo Sacramento desde la capilla del Instituto hasta la habitación de la enfermita, pudiéndose muy bien decir que un coro de vírgenes seguía al Cordero Inmaculado, que iba á tomar posesión de un corazón cándido é inocente para transportarlo consigo á las eternas delicias del paraíso. Grandísima fué la alegría de la enfermita al ver en su pobre cuarto tan noble cortejo, y lloró de alegría; cada una de sus compañeras habría deseado estar en su lugar. Cumplido acto tan grande, las Hermanas la ayudaron á hacer la acción de gracias, y repetía con fervor y devoción las palabras y jaculatorias que le sugerían.

Recibió también la Confirmación con verdaderos transportes de ternura y devoción: después la Extremaunción y la bendición papal *in articulo mortis*.

Pocas horas antes de morir dijo que veía un pajarra-co muy feo que se había posado junto á ella; yo rocié su lecho con agua bendita, y entonces me dijo:

—¡Ahora veo una linda Señora!

Debió ser la Santísima Virgen que vino á consolar á su pequeña devota; y parece que así lo comprendió también ella, pues se puso á cantar la siguiente alabanza á María:

Con el Angel, de María  
las grandezas celebrad;  
transportados de alegría  
sus finezas publicad.

¡Oh María, Madre mía!  
¡oh consuelo del mortal!  
amparame y guíadme  
á la patria celestial.

Esta alabanza, que los indios de la Misión de Dawsón cantan con entusiasmo, acompañada muy bien por los pequeños músicos, y que el P. Pistone llama el himno nacional, me hizo recordar aquella Misión y á los indios sus paisanos; así que luego le dije:

—María Pacífica, cuando vayas al paraíso, ¿te acordarás de rogar por tus parientes y paisanos los indios?

Estas palabras parece la desconcertaron un poco, por lo que corrigiéndome en seguida, la dije:

—No: tú eres cristiana, como cristianos son también los que viven en la Misión; pero debes pedir por todos á Nuestro Señor y á María Auxiliadora, para que per-

severen en la verdadera Religión; y debes pedir igualmente por todos los indios todavía salvajes, á fin de que puedan algún día hacerse cristianos y salvarse.

La pobrecilla se calmó luego, y respondió:

—¡Oh, sí! quiero pedir mucho por todos, pero en particular por V., Padre, que me ha hecho cristiana y me ha dado la primera Comunión, la Confirmación y el Santo Oleo; por el Ilmo. Fagnano, por la R. M. sor Angela, y por todos los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora; continuando con una larga letanía de personas que ella conocía ó que estaban presentes.

Acto seguido dió el último adiós á todos los circunstantes, alargándoles la mano y diciendo que deseaba descansar: en efecto, quedó un poco adormecida por algunos minutos; después se despertó y continuó pidiendo agua y rezando, hasta que con la sonrisa y el aspecto de un Angel espiró á las nueve de la noche del 6 de Septiembre. Después de muerta se transformó su rostro de tal modo que parecía un angelito; y los presentes la contemplaban enajenados, alejándose de allí con pena, repitiendo:

—¡Es una santita!

Sus funerales fueron espléndidos por el concurso de pueblo, si bien nada extraordinario atraía á tanta gente. Las Hermanas cantaron una bonita Misa, y sus compañeras, después de comulgar todas en sufragio de su alma, acompañaron el cadáver á su última morada. ¡Descanse en paz niña tan pura!

Este año la fiesta de la Inmaculada Concepción de María fué un verdadero triunfo para nuestra santa Religión y para nuestra Santísima Madre. La procesión fué muy espléndida y devota: por vez primera lucieron sus pendones nuevos las Asociaciones de San Luís, Hijas de María y del Sagrado Corazón, trabajos muy lindos, hechos por nuestras Hermanas de Puntarenas; faltaba el de San José para hombres, no terminado aún, pero suplía en modo muy excelente la misma estatua del Santo. Cumpliéndose en dicho día el vigésimoquinto aniversario de su proclamación como Patrono de la Iglesia, se le hizo también figurar con su Inmaculada Esposa en la procesión: ésta hizo un curso de casi un kilómetro con gran orden y sin el menor incidente, pasando siempre por las mejores y más frecuentadas calles, en una parte especialmente donde abundan los protestantes: las dos imágenes de la Santísima Virgen y San José eran llevadas por los Hermanos de la Compañía del mismo Santo, los cuales vestían una esclavina de color café con la medalla del Patriarca. Detrás de las Imágenes venían más de cuarenta niños con sotana y roquete, y después el celebrante de capa pluvial, acompañado del diácono y subdiácono con dalmáticas.

Cinco personas guiaban el santo Rosario en diversos puntos de la procesión, la cual superó á todas las que hasta ahora se han hecho en Puntarenas. Hubo una dificultad, que fué la de no poder entrar tanta multitud de pueblo en la iglesia; y aunque se sacaron los bancos, y las personas estuvieron en pie ocupando además el presbiterio, la sacristía y el corredor anexo, gran parte tuvo que quedarse fuera.

La necesidad de una iglesia más grande se siente



cada día más, con el aumento de la población y el despertar de la fe; pero ahora falta el Ilmo. Sr. Fagnano, y tenemos pocos fondos: es grande desgracia ésta para nosotros, y todo retardo nos ocasiona grave pérdida. Hay ya en este pueblo un ministro protestante, quien pronto se hará iglesia, pues éstos son muy ricos, y la Sociedad Bíblica paga bien á sus obreros. Entre tanto nosotros debemos contentarnos con suspirar por no tener con qué hacer frente á tantas necesidades. Hemos preparado una rifa de beneficencia para ver si podemos sacar alguna cosa para las obras de la iglesia: lo demás lo hará Nuestro Señor y la inagotable caridad de nuestros buenísimos Cooperadores.

La fiesta de Navidad se celebró también con mucha solemnidad y con un gran número de comuniones tanto en la parroquia como en la capilla de las Hermanas.

Ruegue, amadísimo Padre, por estas nuestras pobres Misiones, y bendiga á todos sus hijos.

### MINDANAO (Filipinas)

*Fiestas celebradas en honor del Sagrado Corazón en Surigao*

Desde Surigao escriben con fecha de Junio próximo pasado:

**T**IEMPO ha que el Apostolado de la Oración se erigió aquí canónicamente; pero por causas muy ajenas de la voluntad de los Padres que han administrado este pueblo, había decaído en tanto grado, que sus actos se reducían, casi únicamente, á algunas comuniones de personas devotas y á la exposición del Santísimo Sacramento en la tarde del primer domingo de cada mes. Pensando el gran provecho que podía y debía causar en los fieles el promover la devoción al Sagrado Corazón por medio del Apostolado, empezóse á dar vida á éste por cuantos medios estuvieran á nuestro alcance, y bien podemos decir, que según es el incremento que ha tomado en el espacio de un año, pronto será Surigao uno de los pueblos en que más florezca la devoción al Corazón de Jesús. En efecto, no han sido frustradas nuestras esperanzas. Apenas vino en conocimiento la gente que iba como á resucitar el Apostolado, que empezó á aumentar cada mes notablemente el número de confesiones y comuniones, hasta el punto de que, al presente, no vienen menos de quinientas y aun quinientas cincuenta personas á la comunión general del primer viernes, cuando antes apenas llegaban á treinta ó cuarenta. Esta concurrencia tiene tanto más mérito, cuanto que el modo de ser y las ocupaciones de estos indios y muchas veces la inclemencia del tiempo, no siempre les permiten asistir á la iglesia con aquella asiduidad y holgura con que pueden hacerlo en Manila y en España los socios del Apostolado. Asimismo se nombraron celadores y celadoras, á quienes siempre se ha procurado distinguir sobre los demás socios, y que desde el momento en que recibieron la cruz distintiva de su cargo y el diploma que lo acredita, creyeron faltar notablemente á su obligación si no celaran verdaderamente por el acrecentamiento del Apostolado, para desarraigar las malas costumbres que habían crecido á vista de los malos ejemplos, que por desgracia nunca faltan en las cabeceras, y sembrar la buena semilla que,

cayendo en buena tierra, ha dado ya fruto como treinta, y esperamos con fundamento dará como sesenta, como ochenta y como ciento.

Para dar más empuje á nuestra obra, determinamos, con tiempo, celebrar con solemnidad no vista en este pueblo, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en este año de 1896; y ya que muchos no asisten á la iglesia los días de precepto, sea por una causa ó por otra, no tenían otro medio para enterarse detalladamente de nuestro pensamiento, que ver algún escrito ó impreso, que llegase á las más remotas *ilavas* (haciendas ó sementeras de la gente en donde viven buena parte del año), á donde no llega la voz del Padre. Imprimióse en efecto un programa que, aunque modesto en su tamaño é impresión, fué el pregonero que llamó á la gente al pueblo para honrar al Sagrado Corazón en su día. Se imprimieron algunos ejemplares en tamaño mayor ó de cartel, ya para fijarse en las puertas de las iglesias, ya para honrar á algunas personas respetables. Lo en él anunciado se ha verificado puntualmente, sin que hayamos tenido que lamentar ningún suceso de los que suelen á veces deslucir tales fiestas.

Lo primero fué la recepción y bendición de la preciosa imagen del Divino Corazón trabajada en Manila, en casa del inteligente escultor Sr. Jocson. Cuando la vimos aquí por vez primera, nos admiramos de que en Manila hubieran sacado tan al vivo una figura del Salvador tal como suele pintarse por los mejores artistas; y sin quitar nada á nuestros escultores de España, no envidiamos que otros se provean en talleres de escultura que tienen bien de antiguo adquirida justa fama. ¡Cómo se retrata en su faz la mansedumbre y humildad de corazón que El quiso aprendiéramos de su persona! Al señor gobernador del distrito gustó tanto, que á los pocos días sacó dos fotografías de la misma, en distintas posiciones, pues dicho señor es aficionado á este arte. Para recibirla ó para hacer á lo menos el simulacro de la traída de la Imagen de Manila, se puso á nuestra disposición la lancha de vapor de este distrito, que saliendo del río en donde estaba fondeada, y después de dar una pequeña vuelta por el mar, á la hora convenida volvió con rumbo al mismo río, y anunciando con el sonido del silbato su llegada. Venía toda engalanada con hermosos gallardetes, y repitiendo con frecuencia las señales que prolongaba algunas veces, como si quisiera significar la llegada de un gran personaje, de un gran Rey que venía á visitar este pueblo, como en hecho de verdad venía el Rey inmortal de los siglos, aunque lleno de mansedumbre como lo vió Isaías cuando dijo: *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus*. Al oír la gente el frecuente pitar de la lancha, corrió presurosa al desembarcadero del río, agrupándose no solamente en la orilla, pero aun en las casas contiguas al puente, que se llenaron completamente, y afanándose todos por tomar la delantera para ver mejor la bendición que iba á tener lugar. Asistió el señor gobernador del distrito D. José Cortés y Domínguez, vistiendo de uniforme, acompañado de las Autoridades locales, los españoles residentes en este pueblo, la principalía y el teniente de infantería de este destamento al frente de sus soldados, que formaron en dos filas desde el puente hacia el pueblo. Habíase colocado de antemano la Imagen en





NORUEGA.— La cascada de Sarpsborg, (Pág. 399)

un bonito templete á la entrada del puente cubierta con una cortina, que al llegar el reverendo Padre Superior de esta Residencia, revestido de capa acompañado de dos Padres vestidos de roquete y precedido de la cruz y ciriales, se describió, apareciendo á la vista de todos los presentes, que admirados no apartaban los ojos del que venía á ser su Rey, representado en una obra de arte, como lo es la Imagen en cuestión. Fué saludada con la marcha Real, que tocó la banda municipal, y después de la bendición se declamó un diálogo en romance heptasílabo por dos niños, que representaba el uno de ellos al pueblo de Surigao y otro al Señor, y finalmente con un canto del R. P. Guzmán, monje benedictino, cuyo estribillo es: *Ven, Corazón, ven*, contestado por un coro de niños, y acompañado de harmonium. Dirigióse inmediatamente la concurrencia á la iglesia llevando en procesión la Imagen, que colocada en su pedestal y éste sobre unas magníficas andas, se elevaba á considerable altura, siendo un verdadero triunfo el que alcanzaba este día y los siguientes el Sagrado Corazón de Jesús. Ya en la puerta de la iglesia se hizo un pequeño descanso, en tanto que el maestro de este pueblo, D. Pío Caino, declamó con mucha energía una composición poética compuesta para este objeto en estrofas líricas, cuyo argumento y estilo imitaba á la canción de nuestro Herrera por la batalla de Lepanto. Por estar el tiempo lluvioso, no se hicieron más estaciones, como se pensaba, para saludar al Señor con poesías y cánticos. No bien hubo terminado la última estrofa, todos á una entonaron el *Corazón Santo, Tú reinarás*, cantado con entusiasmo en tanto que iba en-

trando la gente, y la Imagen se dejaba en su lugar para comenzar la novena.

Esta tuvo lugar en los distintos días á la hora anunciada en el programa, y con una solemnidad que fácilmente le hacía á uno creer se hallaba en una ciudad por la concurrencia que hubo casi todos los días (pues en alguno la impidió la lluvia), por la iluminación y por el adorno del presbiterio. Solamente haremos mención de un precioso manto real con su corona que ha sido traído de Manila, y bajo el cual se colocó la imagen del Sagrado Corazón durante la novena, excepto el día de la fiesta. Hubo cada día Rosario, novena, sermón por un Padre de esta Residencia y canto final.

Pero cuando triunfó más el Señor en los corazones de los hijos de este pueblo fué el día de la fiesta, 12 del mes de Junio. Ya en la víspera hubo seis Padres dispuestos á oír confesiones, algunos de los cuales estuvieron haciéndolo hasta las once y once y media de la noche, y habiéndolo hecho en la mañana y desde las dos de la tarde para las mujeres. La Comunión fué numerosísima, llegando á novecientos treinta, contándose unos doscientos hombres, el cual número no deja de ser muy considerable, si se atiende al número de almas que cuenta el pueblo y serán como seis mil, quedando todavía muchos sin poder confesarse. Durante la Misa de Comunión se cantaron con acompañamiento de harmonium, motetes de Mozart, Miné, Eslava y otros autores. Cantó la Misa solemne el muy ilustre Padre Abad de Montserrat R. P. D. José Deás, que accediendo amablemente á la invitación del reverendo Padre Superior de la Residencia, vino de Manila, aprovechando



al mismo tiempo esta ocasión para asistir á la toma de posesión de algunas parroquias por los reverendos Padres Benedictinos, á quienes no es justo dejemos aquí de manifestar nuestro agradecimiento por lo mucho que nos han ayudado á dar esplendor á tal fiesta. La Misa fué con ministros, y en ella predicó un fervoroso sermón en castellano sobre la excelencia, necesidad y eficacia del Apostolado de la Oración el P. Francisco Sánchez, y después de la Misa lo hizo el P. Miguel Guardiet, en esmerado lenguaje bisaya, sobre el amor de Dios á los hombres y el que nosotros le hemos á su vez de profesar. En cuanto á la parte musical, cantóse una Misa de D. Fernando Lavainne, que además de ser muy buena en su composición y muy religiosa, tiene de particular que está instrumentada para metal solamente, que es lo único de que aquí se dispone, por ahora; y dada la formación de estos músicos, la tocaron bastante bien. Durante el Ofertorio se cantó el precioso motete del P. Guzmán *Cantate Domino*. El Santísimo se expuso antes de la Misa, quedando así hasta la hora de la procesión de la tarde, haciendo por turno la vela los celadores y socios del Apostolado.

La función de la tarde comenzó con uno de los Trisagios sencillos del P. Guzmán, en *si bemol* y á tres voces, con acompañamiento de harmonium; si bien por abreviar no se cantó más que la primera novena.

Por ser este día uno de los señalados para la recepción de celadores, se nombraron trece hombres y nueve mujeres, todos los cuales recibieron del Padre Director local la cruz y el diploma, haciendo con fervor el acto de consagración de sí mismos al Sagrado Corazón, al cual siguió la renovación del mismo acto por los antiguos celadores.

Además de lo anunciado en el programa, predicó el P. Esteban Yepes sobre el texto: *Præbe cor tuum mihi*, en lengua bisaya escogido, exhortando á los fieles á dar á Dios su corazón después de limpio por medio de los Santos Sacramento, y no volver atrás del bien una vez comenzado. Acto continuo tuvo lugar la reserva, en que se cantó un *Tantum ergo* de Eslava á tres voces y con acompañamiento de instrumento, y que no es otra cosa que el canto llano de dicho himno, armonizado. Signióse la bendición con el Santísimo, que dió el reverendísimo Padre Abad de Montserrat, terminada la cual y habiendo reservado salió la procesión, yendo delante los niños de las escuelas con su estandarte, hombres y mujeres que no forman parte del Apostolado, socios del mismo, celadores y celadoras, coro de cantores, algunos niños vis-

tiendo sotanilla y roquete los unos, y ceñidor y beca azul celeste los otros en lugar del roquete, principalía, españoles y Autoridades, y el terno presidido por dicho reverendísimo Padre, siguiendo como es costumbre la banda municipal. Lleváronse las imágenes de San Nicolás, patrón del pueblo, del Sagrado Corazón de María y Sagrado Corazón de Jesús por las calles mejores del pueblo, convenientemente limpias y adornadas. Sin exageración alguna puede decirse que nunca ha visto Surigao una procesión tan lucida, por la numerosa concurrencia, cual no se ha visto en otra, por el bonito efecto que producía el gran número de candelas con que asistía la gente, contra su costumbre, á la hora de obscurecer, y sobre todo por la devoción que mostró toda la gente, acompañando en triunfo al Sagrado Corazón de Jesús, que desde hoy especialmente tomaba posesión de los corazones de los hijos de este pueblo. No se acabaron las confesiones este día, pues en los tres siguientes confesáronse muchos, ya con ocasión de las honras que se celebraron el lunes por los socios difuntos del Apostolado, ya por no haber podido hacerlo el viernes á causa de la mucha concurrencia, que á algunos Padres ocupó hasta cerca de medio día; llegándose á repartir unas cuatrocientas formas sobre las novecientas del viernes. Además, es de notar que con esta ocasión se han vuelto á Dios muchos que estaban de El harto alejados; y donde antes no había medio de reducirlos, se han confesado después de muchos años que no lo habían hecho.

Así terminaron las funciones y obsequios con que Surigao ha honrado y ensalzado al Corazón Divino en este



NORUEGA. — Iglesia antigua (Nehorkire) de Gol. (Pág. 399)



año. Quiera este Señor conceder al mismo pueblo y á todo el distrito que arraigue el árbol que en él se ha plantado, que dé fruto, no ya una vez sino *doce veces al año*, obrando nuevas conversiones cada mes, y aumentando el número de los que se inscriban en el registro del Apostolado, que ya conceptúan algunos de estos indios como el *libro de la vida del Cordero*, y que alimentándose del fruto del mismo, los que ahora son pequeños vengan á adquirir andando el tiempo una constitución robusta en la fe y en las buenas costumbres, y aplicando á esta devoción lo que un piadoso autor dice á otro propósito, «sea ésta la leche con que se crien los hijos de este pueblo, el manjar con que crezcan, la luz con que estudien, y las armas con que peleen para vencerse á sí y vencer á los enemigos de su salvación.»

## EXCURSIÓN AL PAÍS DE LOS ESHIRAS

POR EL P. BULEON, MISIONERO DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

### I

Viaje en piragua.—Llegada á Mbari.—La aduana.  
—Los guías.

EN la vertiente de la sierra Complida, dos cimas elevadas defienden la entrada del país de los eshiras: danles el nombre de Kumu-N'Abwali, y son verdes tanto en los flancos como en la cumbre: el sol las inunda todo el día de luz y de calor.

Una reducida tribu bakele habita la base de estas dos montañas, á orillas del Rembo-Nkomi (*V. el grabado de la pág. 401*), á ciento veinte millas de Fernán Vaz (1).

El 18 de Junio por la tarde pude contemplar por primera vez la masa imponente de Kumu-N'Abwali, las dos primeras cumbres de la cordillera eshira, y que los indígenas, en memoria de dos de sus reyes, consideran como dos montañas sagradas. Por lo demás, tienen muy buen aspecto: vistas desde las llanuras eshiras se dibujan maravillosamente en el cielo, y el africano, que experimenta respeto instintivo por todo lo que le inspira temor misterioso, nada podía hallar que hiriese más vivamente su imaginación.

Aquel día mi fatiga era grande, pues había viajado todo él y parte del anterior en piragua. Nada es más monótono y pesado que esta clase de embarcación. Hay que permanecer inmóvil en una actitud calculada para hacer contrapeso á las oscilaciones del esquife, aprisionado entre el equipaje, que no era escaso por cierto. Paquetes bajo los codos, paquetes en los pies, agua en los zapatos, un sol de fuego sobre la cabeza, y una tripulación (si tal nombre puede dársele) que, con pretexto de cantar, aulla desesperadamente. Son treinta. Unos manejan los remos, otros duermen debajo de los bancos, todo el mundo suda, pues hace calor, lo que quiere decir que todo el mundo apesta. Hay, además, montones de yuca y bananas, paquetes de pescados en

salazón, sin hablar de restos de comida dejados en el fondo de una caja de conservas, convertida en plato, en cazuela, en todo lo que se quiera, y que exhala fuerte olor de pimienta y limón fermentado.

¡Oh, qué dicha considerar que podré salir mañana de esta atmósfera, que respiraré los perfumes de la selva, que durante un mes podré viajar y dormir sin tener el cuerpo quebrantado por esas perpetuas sacudidas de la piragua, donde cada golpe de pagaya os impele bruscamente hacia adelante.

Henos ya en Mbari, pueblo importante del Rembo, y situado en la embocadura del río del mismo nombre.

El jefe Reteno y Nkoma (*V. el grabado, pág. 404*), nos dispensa cordial acogida y nos pregunta á dónde vamos: le digo que mi intento es explorar la cadena de montañas que se extienden desde Kumu-N'Abwali hasta Igumbi-N'Undele, y visitar las llanuras Eshiras hasta Tando y Nkamba.

Cumpliendo los deberes de la hospitalidad, Reteno puso á nuestra disposición sus mejores cabañas, y nos dió abundante cena.

El día siguiente me vino con una cantinela, que no me cogió de sorpresa.

—Padre, me dijo, ya sabes cuán grande es mi afecto, pues somos antiguos amigos, y me desconsuela que vayas tan lejos cuando puedes permanecer tranquilo entre nosotros. Los eshiras son buenos, es cierto, pero no dejan de ser salvajes; tienen buen corazón, pero les faltan las buenas maneras... Es una locura que vayas á su país, pues les entrará la ambición de querer también misioneros.

Al llegar aquí Reteno, no hallando palabras para expresar su desdén, levantó los brazos y los ojos al cielo exclamando:

—¡Misioneros entre semejante gente! ¡Ah! ¡tiempo tendrán para comer alféncigos hasta que los obtengan! ¡Misioneros entre salvajes! ¿No es verdad que no te quedarás con ellos?

—Es evidente, dije para concluir.

—Y que no les comunicarás el secreto de no ser salvajes.

—Está claro.

—Y que guardarás todo tu afecto para los nkomis.

—Basta, Reteno; conozco tu intento. Acostumbráis exigir un tributo á todos los que se dirigen al país de los eshiras: así, inmediatamente te haré el regalo, pues llevo prisa.

—¡Ah, Padre, tus palabras me llegan al corazón como otras tantas gotas de tafia! Para mí no te pido nada; pero hay esa vieja calabaza de Toto-Monda que siempre tiene sed... Yo sólo tengo sed cuando he bebido; pero entonces, ¡oh! entonces no conozco límites. ¡Sobre todo, no acostumbres á los eshiras á beber aguardiente, pues ya no serían salvajes!

—Pierde cuidado; el misionero no introducirá entre ellos el uso del aguardiente: pero ¿cuál es el objeto de tantos rodeos?

—¡Ah! tienes razón... Si Toto-Monda sabe que te he dado paso libre, se incomodará, creyendo que quiero suplantarle, y me envenenará. Parece que soy harto joven todavía para dar con mi cuerpo en el hoyo.

(1) Fernán Vaz es un extenso lago, ó más bien un conjunto de lagos al Sur del río Ogowé: allí es donde se instaló, en 1886, en sitio inmejorable, la Misión ya célebre de Santa Ana.



—Ea, llama luego al jefe Toto-Monda y arreglaremos el negocio, pues llevo prisa.

Vino el jefe, viejo fetiquista cuya fisonomía revelaba un sumo grado de embrutecimiento, y le hice entregar algunas telas y otros presentes; marchóse babeando y diciendo que sería mi amigo toda su vida.

A Reteno, que es hombre inteligente, trabajador y simpático, le di unos patalones y un sombrero, que le gustaron mucho. Al momento ordenó á uno de sus hombres, llamado Ngonda, que nos siguiese, ó mejor que nos precediese como guía.

La jornada este día no fué larga. El sol declinaba rápidamente, y al cabo de tres horas de marcha acampamos á orillas de un río en pleno bosque.

La noche fué excelente, y á la mañana siguiente muy temprano continuamos nuestro camino. La zona que atravesábamos formaba una serie de barrancos y colinas. Estas hermosean mucho el paisaje, pero cuando se trata de subir á su cumbre, son menos poéticas.

No importa, el Africa es bella con sus bosques de árboles seculares y esencias preciosas.

Ensálzanse no poco las maderas de América: el palisandro y el acajú se venden á precios muy elevados, y son muy solicitados por la industria. El Africa tiene también sus esencias de valor: expórtase su ébano y su madera roja, y exportaríanse aun en mayor escala, si fuesen conocidos, el *ndina*, el *okume*, el *oshoku* y muchos otros. Todos los productos del suelo pudieran ser aquí fácilmente utilizados. Tocante á la insalubridad tradicional del clima, si bien es real en ciertos puntos del país, en otros no deja de ser un prejuicio sin fundamento. Lo importante es elegir bien el lugar para la morada, y llevar una vida sobria y metódica, pues si en Europa las imprudencias son perjudiciales, nadie extrañará que aquí fácilmente sean mortales.

El clima de Fernán Vaz, en particular, es de los más sanos, y con una explotación inteligente esta comarca sería una de las más sanas de la colonia.

Olvidaba hacer la presentación de los individuos que componían mi caravana.

Además de Ngonda, que sólo conoce la mitad del camino, esto es, desde Rembo á las llanuras; contábamos con otro guía, Mjoba, que entra en funciones al llegar á la llanura.

Mjoba es un nkomi de raza, hijo del jefe superior, y futuro gran jefe.

Mbulé acompaña á la caravana sólo para hacer número. Es el jefe de los rezagados, y en las aldeas es el rey de los habladores. Ciertamente, arrastrado por su charla excesiva, se entretenía en exaltar mis méritos delante del jefe, y lo hacía con exageración tal que hubiera dado quince y raya á cualquier sacamuelas. Al hacerle presente que se apartaba de la verdad y aún de lo verosímil, me dijo:

—Déjame, Padre, que cuanto más te engrandezco mayor será el regalo.

Los restantes individuos de la caravana eran buenos muchachos en el vigor de la juventud, y todos cristianos.

Así por la mañana se hacía la oración en común, y

por la tarde los ecos del bosque oían, por primera vez, los suaves ecos del *Ave María*.

Después del Rosario cantábase un himno, suspendíase de un árbol un crucifijo, y á su sombra nos entregábamos al descanso.

## FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

V

Lorenzo Pack

QUIERO Dios, casi en los comienzos de la persecución, suscitar en el prolongado y glorioso martirio de Lorenzo Pack un ejemplo de fidelidad y perseverancia digno de los mejores tiempos del Cristianismo. Las circunstancias eran críticas: muchos cristianos hacían traición á la fe, y los mismos jefes vacilaban entre su conciencia y el favor real. La ignorancia era grande entre aquellos nuevos convertidos, y los suplicios hacían vacilar á no pocos que lamentaban, en el fondo del corazón, su cobardía. Lorenzo Pack mostró á todos que un cristiano, mediante la gracia divina, es más fuerte que los perseguidores y sus verdugos, por grande que sea su malicia.

Corría el año 1791, y los arrestos repetidos sembraron el espanto en el distrito de Men-tsién. Lorenzo, recién convertido, pero profundamente penetrado del espíritu de fe, acudía con frecuencia á consolar á los prisioneros. Un día, lleno de santo valor, presentóse al mandarín, y delante de sus satélites le dijo:

—Mandarín, apalea violentamente á hombres inocentes, y tenerles encarcelados meses enteros, ¿no es un crimen horrible?

Rojo de cólera, el magistrado mandó azotar á Lorenzo con inaudita crueldad, y que le pusiesen una canga al cuello; mas éste, lejos de intimidarse, gritó:

—Esta canga es harto ligera, pues es de palo: hazme poner una de hierro.

La rabia del mandarín llegó á su colmo; pero temiendo irritar al pueblo, que amaba mucho á Lorenzo, contentóse con enviarle á un tribunal superior, donde tuvo que sufrir una nueva flagelación, que no amenguó su intrepidez. Al cabo de dos meses fué puesto en libertad por orden del rey.

Lorenzo estaba unido con lazos de amistad con otros tres cristianos: Jaime Ven, Pedro Tsens y Francisco Pans. Hasta tal punto animaba á todos tres el deseo del martirio, que en un momento de fervor se prometieron mutuamente denunciarse unos á otros si alguno de ellos fuese encarcelado. Dios bendijo sus santos anhelos, y en 1792 todos cuatro alcanzaron la palma del martirio.

Jaime Ven cayó el primero en manos de los satélites. Practicaba la Religión sin recatarse, y aunque su fortuna era considerable, resolvió distribuirla á los pobres. Para expiar sus faltas pasadas ayunaba todos los viernes, y en los domingos invitaba á su mesa á los pobres.

Sin embargo, parecía poco instruido en las obligacio-





NORUEGA.—Mujeres del Hallingdal. (Pág. 399)†

nes de la Religión: fué á la capital para pedir los Sacramentos. El P. Tsiu le recibió severamente, y le dijo:

—La Iglesia rechaza á todo hombre que tiene dos mujeres: vete, pues, y no vuelvas á aparecer aquí.

Jaime estuvo tres días sin tomar alimento y llorando su falta. El sacerdote le mandó llamar, y le dijo:

—Si prometes que al volver á tu casa te quedarás con una sola de tus dos mujeres, te administraré los Sacramentos.

—Ciertamente ignoraba, contestó Jaime, que la ley cristiana prohibiese tener dos mujeres. Ahora que lo sé, os prometo que despediré una. Otorgadme los Sacramentos.

Jaime cumplió su palabra, y su conducta nada dejó que desear. Poco tardó en ser preso y encarcelado.

—¿Es cierto, le preguntó el mandarín, que practicas la Religión del Señor del cielo?

—Sí, á fin de servir á Dios y salvar mi alma.

—Denuncia á tus cómplices.

—Conozco á tres personas animadas como yo del deseo de servir á Dios y aun de dar su vida por El.

—Explicate más claramente.

—Basta lo dicho; y no diré más aun cuando debiera morir diez mil veces.

Para vencer su silencio golpearonle cruelmente y le dislocaron los huesos de las piernas; mas todo fué inútil, antes bien el paciente empezó á predicar la Religión en el pretorio. Restituído á la prisión, pasó en ella largos meses aguardando la decisión suprema del gobernador.

En otro distrito Lorenzo fué preso por segunda vez. Los ministros del rey habían promulgado nuevos edictos contra la Religión, y luego dióse la orden de prender á Lorenzo Pack. Por humilde desconfianza de sus fuerzas, el neófito emprendió la fuga. Su hijo menor fué preso en su lugar, y entonces no vaciló en constituirse prisionero.

El magistrado le preguntó:

—¿Por qué sigues la Religión prohibida por el rey y los mandarines?

—No sigo ninguna doctrina mala: observo los diez preceptos de la Religión que mandan adorar á Dios creador de todas las cosas. Honro, pues, á Dios, y luego al rey, á los mandarines y á mis superiores. Amo á mis amigos, á mis bienhechores y á todos los otros hombres.

—Desconoces á tus padres, al rey y á tus mandarines. Disipas tus bienes en bagatelas, y no haces sacrificios á los antepasados. ¿Por qué violas así los preceptos naturales?

—El cuarto mandamiento de nuestra Religión nos manda honrar á nuestros padres y superiores, al rey y á los mandarines, y amar á los hombres. ¿No son acaso estos los principios naturales? En cuanto á los muertos, como no comen lo que se les presente, los cristianos no les ofrecemos alimentos, puesto que la Religión verdadera no se apegá á futilidades, sino á lo real y serio. Por lo demás, en nuestras sepulturas observamos todas las leyes de las conveniencias sociales. El sexto mandamiento nos prohíbe toda impureza, y el noveno aun su deseo. Los pocos bienes que tengo los empleo socorriendo á los necesitados. Ya veis que esto no es disipar las riquezas.

Cargaron entonces á Lorenzo una canga, y le pre-



guntaron quién le había instruído, y quién le dió los libros que se hallaron en su casa.

—Tsi-hong-i, que ha muerto decapitado por la fe, fué mi maestro, y me dió estos libros. Como veís, soy muy digno de morir.

—¿Quisieras acaso morir como él? ¿Qué tiene de bueno la muerte?

—Dios me ha colmado de beneficios, y yo le he ofendido muchas veces. Así es justo que yo muera.

Vuelto á su prisión, los carceleros le torturaron nuevamente para sonsacarle dinero. Extendieronle sobre fragmentos de tejas y vasijas, y le pusieron cepos en los pies, haciéndole sufrir toda suerte de ultrajes. Lorenzo les hizo comprender que, si hubiese querido evitar los suplicios á costa de dinero, no hubiera aguantado tanto. Entonces descargaron sobre él multitud de golpes, de suerte que su razón quedó perturbada durante algún tiempo.

Pocos días después sentaron á Lorenzo en las tablas de las torturas y empezó de nuevo el interrogatorio, azotándole al propio tiempo y ateneándole sin compasión.

Al tercer interrogatorio le trataron con mayor violencia aún, amenazándole de muerte si no renunciaba á sus «locuras.»

—El rey, contestó Lorenzo, puede disponer de mi cuerpo; pero mi alma sólo pertenece á Dios. Hay penas y recompensas para después de esta vida, y nadie

puede evitarlo. Esta vida no es más que una peregrinación, y la muerte un retorno á la patria. ¿Qué me importa la vida? ¿Es acaso otra cosa que un rocío que se evapora?

Con semejantes consideraciones cerraba Lorenzo la boca á sus verdugos, y fortalecía su propio valor meditando.

## EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

### IX

*Palacio episcopal de Cristiania.—Comunidades religiosas y establecimientos católicos de la capital.—Viaje á Fredriksstad y á Fredrikshald.—Bergen.—Un oficio protestante.*

Lo que llamo mi palacio episcopal está detrás de la iglesia, y aunque su interior ninguna semejanza tenga con un palacio, el edificio no deja de ser espacioso y cómodo. Ante todo tenemos á Nuestro Señor reservado en la capilla doméstica. Luego hay las piezas indispensables para oficinas del vicariato apostólico, para secretaría, párroco y jóvenes misioneros formados en el extranjero, y que tienen que pasar á mi lado medio año por lo menos á fin de aprender la lengua y los usos del país antes de dirigirse á sus Misiones, que distan á veces centenares de leguas.

Mi casa es una especie de seminario, en donde hacemos vida común. Cuando somos pocos alquilamos los aposentos que quedan libres, pues la escasez de recur-



COREA.—Tipos coreanos. Paisanos y soldados. (Pág. 395)



sos no nos permite tener varias piezas á nuestra disposición.

Antes de abandonar «mi palacio» permitid que os presente á mi hermanita menor, que mientras sus otros hermanos y hermanas han ingresado en un convento, ha querido seguir hasta Noruega á su hermano mayor y padrino, para que éste no tenga necesidad de tomar sirvienta. Al mismo tiempo es indirectamente bienhechora de la Misión. Al vicario apostólico se le considera propietario de todos los bienes de esta última, y sobre su persona se calculan los impuestos que deben satisfacerse. Ahora bien, según la ley, ley admirablemente prudente y moral, cuanto más numerosa es la familia, menor es el impuesto que debe pagar su jefe. Así un hombre casado, el hijo que mantiene á su madre, el hermano que vive con su hermana son puestos en la segunda clase de los imponibles, reduciéndoseles cerca de un tercio la tasa de los impuestos, tanto si son millonarios como carpinteros. Teniendo conmigo á mi hermana, la Misión aprovecha esta buena reducción. A esta ley tan justa y al derecho de los padres á testar debe en gran parte Noruega sus familias numerosas y el prodigioso aumento de su población, á pesar de los muchos noruegos que emigran todos los años.

Nuestro primer vecino es el hospital de Nuestra Señora de la Esperanza, donde las Hermanas de San José de Chambery hace diez años se dedican al cuidado de los enfermos. Al principio la Superiora y una Hermana iban por las calles á recoger huesos que vendían para subvenir á las necesidades de algunos enfermos, y hoy su hospital cuenta cuarenta camas, que los primeros médicos de la ciudad se disputan para sus clientes. Tan solicitado es el hospital de nuestras Religiosas, que este año le añadimos un edificio para cincuenta camas, y fuera de la ciudad una casa para convalecientes con veinte camas. De ambos edificios he tenido que levantar los planos.

En las Misiones los Obispos no deben solamente ser teólogos y predicadores: como cuentan con un personal restringido, y recursos más restringidos todavía, tienen que ser administradores, abogados, notarios, arquitectos, redactores, escritores y con frecuencia maestros de canto gregoriano, pero sobre todo, mendigos. Así es preciso estén dotados de una salud de hierro para soportar tanto trabajo, como si fuese poco el ministerio espiritual propiamente dicho. Las nuevas construcciones costarán más de cien mil francos. Dios y su fiel ecónomo San José cuidarán de su amortización.

Frente del vicariato se levanta otro edificio imponente, el Instituto de San José, donde las Hermanas de la misma Congregación instruyen á las hijas de los católicos dispersos. Es además residencia de la Superiora provincial, y desde el 19 de Marzo último sede del noviciado.

Al lado del Instituto hay el vasto local para nuestras reuniones católicas, destinadas á mantener en el buen camino á los nuevos convertidos, que sin esto se extraviarían en ese mar de Protestantismo. Celébranse allí reuniones para cada sexo y para toda edad. Allí se dan cita las Conferencias de San Vicente de Paúl para ejer-

cer la caridad, la Obra Apostólica para trabajar en favor de las iglesias pobres, la Sociedad de Santa Cecilia para cantar, los padres para leer los periódicos, las madres acuden á orar por sus hijos y para aprender el arte de darles buena educación, los jóvenes para edificarse, y las doncellas para orar y tomar parte en honestos esparcimientos.

En un teatrillo se solemnizan las grandes fiestas y se recaudan recursos con la representación de algunas piezas. Allí nuestros sacerdotes y nuestros católicos instruidos dan conferencias tan útiles como recreativas; y allí también las Autoridades acuden á presidir el árbol de Navidad, la repartición de premios y las fiestas de familia bendecidas por la Iglesia.

Empujemos una puerta, y nos hallaremos en nuestra imprenta. No es muy grande; pero, gracias á generosos bienhechores, he logrado montarla según los últimos adelantos. Como antiguo redactor y diputado, no podía ignorar el poder de la buena prensa. Ahora bien, la prensa extranjera ninguna utilidad ofrece para nosotros, porque Noruega tiene su lengua propia, que pertenece á la gran familia de las lenguas germánicas. Ciertamente los periódicos protestantes reciben fácilmente nuestros artículos, sobre todo cuando se trata de contestar á los ataques, pero esto no bastaría para nuestras necesidades. Necesitábamos un diario pequeño que nos perteneciera, tanto para defendernos como para servir de lazo de unión entre nuestros católicos. A Dios gracias ya lo tenemos, y va prosperando. Nos convenían además Manuales católicos para nuestras escuelas, libros de oraciones y de canto, opúsculos apologeticos y hojas volantes. Contamos ahora con buena provisión de ellos. Esta obra apostólica requiere grandes sacrificios, pero es la más fecunda de todas.

Para los católicos que habitan en la parte de la ciudad situada al otro lado del río Akerselo, y que cuenta setenta mil almas, fué forzoso erigir en 1890 otra parroquia bajo la advocación del santo noruego Halvard, originario de Drammen y patrón de Cristianía y de la antigua catedral de Oslo. Esta nueva parroquia sólo tiene una modesta casita, pagada la mitad. Dos de sus piezas unidas sirven para iglesia, utilizándose una de ellas para escuela, donde durante la semana reciben instrucción cuarenta niños católicos. El párroco dispone de tres reducidos aposentos.

Ocupan el resto de la casa diez Hermanas grises de Santa Isabel, que cuidan los enfermos á domicilio. Estas Religiosas, que hacen un bien inmenso, no tendrían local para colocar sus lechos si la mitad no estuviesen velando á los enfermos en sus domicilios. Tan beneméritas Religiosas tienen en esta ciudad protestante libre pasaje en los tranvías; todas las Compañías marítimas las dejan viajar á mitad de precio, cuando no gratuitamente, y los establecimientos sanitarios de la campaña les ofrecen generoso albergue para restablecer su quebrantada salud. Al contrario de lo que sucede en Suecia, visten siempre su hábito propio, y se les prodigan las mayores demostraciones de aprecio.

De la antigua Oslo no quedan más que débiles vestigios. La catedral de San Halvard está arruinada:



únicamente una venerable iglesia, dedicada en otro tiempo á la Santísima Virgen, y una capilla, recuerdan los tiempos católicos. Además, en la península de Ladegaarsøen hay una de esas curiosas *stavkirker*, construídas de madera y remontando al siglo XII, que vistas de lejos más bien parecen una pagoda china que una iglesia católica. (*V. el grabado de la pág. 393*). En Noruega hay todavía unas veintisiete.

Estas iglesias se parecen á las romanas en piedra de Normandía é Inglaterra. En la parte principal, que es casi cuadrada, se añade un coro terminado en hemicíclo. Columnas de madera dividen el cuerpo del edificio en una ancha nave central, formando en el exterior un saliente muy elevado, y en dos naves laterales más bajas. Sobre el techo de la nave central se levanta una torre cuadrada que termina en elevada flecha. Un pórtico bajo que rodea exteriormente el edificio, serviría de abrigo á los fieles antes y después de los Oficios en caso de mal tiempo. Los capiteles de las columnas y de otras partes, por ejemplo las puertas, presentan ricos adornos. No hay ventana alguna.

Algunos de estos edificios, como tantas otras iglesias católicas, sirven para el culto protestante.

Antes de abandonar el Sudeste de Noruega hicimos una excursión á las estaciones de Fredriksstad y Fredrikshald.

Al dirigirnos al primer punto tocamos en la ciudad de Moss, á la entrada del Cristianiafjord. Cuenta sólo ocho mil habitantes, sin estación católica, y tiene un puerto marítimo muy frecuentado. Oredriksstad, ciudad de trece mil habitantes, sin contar los diez mil de los suburbios, tiene una iglesia de madera, casa parroquial, escuela católica y un hospital de las Hermanas de San José.

Continuando nuestro viaje hacia Fredrikshald, pasamos el Glommen en Sarpsborg. En el punto donde el ferrocarril, suspendido sobre la vía para el tránsito rodado, cruza el río, éste lanza su enorme masa de agua en un precipicio de veinticinco metros de alto por treinta y seis de ancho, y lo hace con tal ruido que apenas si se oye el silbido de la locomotora. (*V. el grabado de la pág. 392*).

Al cabo de media hora el tren pasa por una serie de túneles junto al fjord de Fredrikshald, y llega pronto á la estación. Los alrededores de la ciudad de este nombre son bellísimos, y en la cima de una montaña se ve la antigua fortaleza de Fredrikssten (*V. el grabado de la pág. 389*), que de tal sólo tiene el nombre. La única verdadera fortaleza de Noruega es la de Drøbak, que defiende la entrada del fjord de Cristianía. Todas las demás están desmanteladas. Las fuerzas armadas del país apenas valen más que sus plazas «fuertes.»

Aquí el servicio militar, obligatorio para todos, es verdaderamente irrisorio. Durante el primer año los reclutas hacen de cincuenta á noventa días de ejercicios en campamentos improvisados, y el segundo año la duración del servicio se reduce á treinta días. Esta diversión continúa aún algunos años para que no se olvide... lo que no se ha aprendido; y á los ochenta mil hombres que han hecho tales ejercicios llamamos ejér-

cito. Nuestra caballería y artillería no tienen caballos propios: los piden prestados á los campesinos mediante una cuota anual: únicamente algunas baterías y la escuela de alféreces de caballería son montadas. El estado de nuestra marina de guerra es todavía peor. No tenemos media docena de buques que en tiempo de guerra se atreviesen á salir del puerto. En cambio somos terriblemente belicosos en palabras.

Desde lo alto de Fredrikssten se goza de magnífico golpe de vista sobre el valle de Tistedal, por el cual una aglomeración de lagos envían, de cascada en cascada, sus aguas al fjord. Las aguas aquí, como en todas partes, acarrear los troncos de abetos, y la industria aprovecha todas las cascadas.

En Fredrikshald nuestra estación está muy bien instalada. Posee una iglesia de piedra, una escuela muy frecuentada, casa rectoral y hospital católico.

Saliendo de esta parte de Noruega nos dirigimos hacia Bergen, ciudad á orillas del Atlántico, y que rivaliza en importancia con Cristianía. Desde este último punto el tren nos condujo en seis horas á las orillas del lago Krøderen, y en otras tres un vaporcito nos transportó á Gulsvik, entrada del famoso valle del Hallingdal, que deberemos seguir dos días enteros, á pesar de la rapidez de nuestras carretas. A consecuencia de prolongado aislamiento, este valle y especialmente los contravalles laterales han conservado buena parte de las costumbres primitivas de Noruega.

El Hallingdal es el país de los duelos á navaja, y el carácter fogoso de los habitantes se refleja aún en más de una costumbre, particularmente en el baile nacional, el hallingdans y el fanitallen, cuyo origen se atribuye á una inspiración diabólica. Ya que he hablado del duelo, debo añadir en honor del pueblo noruego, que fuera de esta región es absolutamente desconocido en Noruega, ó por lo menos, donde aun subsiste, menospreciado como costumbre bárbara, indigna de un pueblo civilizado.

Los habitantes del Hallingdal no han seguido á la mayor parte de los noruegos, que abandonaron sus magníficos trajes nacionales por el insípido del continente. (*V. el grabado de la pág. 396*).

El joven sacerdote que me acompañaba y yo entramos en la iglesia protestante de Gol, situada en el sitio donde el camino se separa del Hallingdal para internarse en el Hemsedal, donde el río se precipita por una mugiente cascada en el Hallingdalselv.

Como todas las iglesias rurales, hállase con la casa parroquial aislada en la campiña, y los habitantes, diseminados en gran extensión de terreno, tienen que dirigirse á ella en carreta. Era un domingo, y al acercarnos sorprendiéndonos el ver considerable número de éstas en hilera á la entrada de la iglesia.

Entramos, y vimos una asamblea imponente, formando un mosaico de trajes pintorescos imposible de describir. Añádase á eso las graves melodías, tomadas de los antiguos cánticos católicos, la profunda piedad con



que aquellas gentes atendían las ceremonias del ministro, y comprenderéis cuán grande fué mi dolor al considerar que aquellos buenos normandos fueron separados de su Madre, y que no tenemos posibilidad de venir á predicarles de nuevo la fe de sus padres, que en otros tiempos asistían en este mismo lugar al Santo Sacrificio. En estas reuniones religiosas llama la atención que en Noruega, al revés de lo que sucede en los otros países protestantes, los ministros visten el alba y la casulla durante lo que ellos llaman misa, y que las ceremonias son en gran parte una imitación de la Misa católica. Esto es debido á que, cuando la Reforma, los noruegos durante un siglo entero opusieron al Luteranismo una resistencia tan enérgica, que los pastores luteranos tuvieron que cubrirse con la piel de oveja, conservar los ornamentos católicos y simular las ceremonias de los Oficios católicos para hacer creer á los simples fieles que nada se había modificado. Sólo al cabo de muchas generaciones se atrevieron á declarar que, de hecho, habían cambiado de religión. Cuando, recientemente, han advertido la profunda impresión que las ceremonias católicas ejercen en esas almas, en el fondo tan religiosas, han compuesto otra liturgia, que imita aún más la Misa católica.

Han copiado asimismo la organización católica. Cada parroquia tiene su párroco, cada distrito su archipreste, cada uno de los antiguos obispados su «obispo», que, si no tiene los poderes de un verdadero obispo, toda vez que á causa de la interrupción de la sucesión apostólica, las ordenaciones son inválidas en Noruega, lleva sin embargo el nombre de tal y las mismas insignias, la

cruz pectoral y la mitra. Mas á eso se limita todo lo que esos intrusos tienen de común con un obispo. En realidad, el rey es el papa, y la Cámara de diputados, el concilio de la Iglesia luterana: el Gobierno civil nombra y revoca «obispos» y ministros, y regula hasta los menores detalles de la administración eclesiástica. Los párrocos, pues, lo mismo que los «obispos», son simples funcionarios del Estado, y todos los cuidados del «obispo» se reducen á inspeccionar, en nombre del Gobierno, los párrocos y maestros, y nombrar sacristanes y cantores. Ni siquiera se pide su parecer cuando se trata de nombrar un predicante. ¡Tal es la libertad que han hallado los luteranos después de haber sacudido el «yugo de Roma!»

## CARTA ENCÍCLICA

### DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII

#### SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

(Continuación)

Los miembros separados y dispersos no pueden unirse á una sola y misma cabeza para formar un solo cuerpo. Pues San Pablo dice: «Todos los miembros del cuerpo, aunque numerosos, no son sino un solo cuerpo: así es Cristo. (*I Cor. XII, 12*).» Y es por esto por lo que nos dice también que este cuerpo está *unido y ligado*. «Cristo es el jefe, en virtud del que todo el cuerpo unido y ligado por todas sus coyunturas que se prestan mutuo auxilio por medio de operaciones proporcionadas á cada miembro, recibe su acrecentamiento para ser edificado en la caridad. (*Ephes. IV, 15, 16*).» Así, pues, si algunos miembros están separados y alejados de los otros miembros, no podrán pertenecer á la misma cabeza como el resto del cuerpo. «Hay, dice San Cipriano, un solo Dios, un solo Cristo, una sola Iglesia de Cristo, una sola fe y un solo pueblo que, por el vínculo de la concordia, está fundado en la unidad sólida de un mismo cuerpo. La unidad no puede ser amputada; un cuerpo, para permanecer único, no puede dividirse por el fraccionamiento de su organismo. (*Ciprianus, De cath. Eccl. Unitate, n. 23*).» Para mejor declarar la unidad de su Iglesia, Dios nos la presenta bajo la imagen de un cuerpo animado, cuyos miembros no pueden vivir sino á condición de estar unidos con la cabeza, y de tomar sin cesar de ésta su fuerza vital; separados han de morir necesariamente. «No puede (la Iglesia) ser dividida en pedazos por el desgarramiento de sus miembros y de sus entrañas. Todo lo que se separe del centro de la vida no podrá vivir por sí solo ni respirar. (*Ib. loc cit.*)» Ahora bien; ¿en qué se parece un cadáver á un ser vivo? «Nadie jamás ha odiado á su carne, sino que la alimenta y la cuida como Cristo á la Iglesia, porque somos los miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos. (*Ephes. V, 29, 30*).»

Que se busque, pues, otra cabeza parecida á Cristo, que se busque otro Cristo si se quiere imaginar otra Iglesia fuera de la que es su cuerpo. «Mirad de lo qué debéis guardaros; ved por lo qué debéis velar; ved por lo qué debéis temer. A veces se corta un miembro en el



COREA.—Mandarín coreano. (Pág. 395)



cuerpo humano, ó mas bien, se le separa del cuerpo una mano, un dedo, un pie. ¿Sigue el alma al miembro cortado? Cuando el miembro está en el cuerpo, vive; cuando se le corta, pierde la vida. Así el hombre en tanto que vive en el cuerpo de la Iglesia es cristiano católico; separado se hará herético. El alma no sigue al miembro amputado. (*S. August.* serm. CCLXVII, n. 4)."

La Iglesia de Cristo es, pues, única y además perpetua: quien se separa de ella, se aparta de la voluntad

ruego por ellos solamente, sino por aquellos que por su palabra creerán en Mí... á fin de que ellos también sean una sola cosa en nosotros... á fin de que sean consumados en la unidad. (*Joan.* xvii, 20, 21, 23)."

Y quiso también que el vínculo de la unidad entre sus discípulos fuese tan íntimo y tan perfecto que imitase en algún modo á su propia unión con su Padre: "Os pido... que sean todos una misma cosa, como Vos mi Padre estáis en Mí y Yo en Vos. (*Ib.* 21)."



GABÓN.—A orillas del Rembo-Nkomi. (Pág. 394)

y de la orden de Jesucristo Nuestro Señor, deja el camino de salvación y corre á su pérdida. "Quien se separa de la Iglesia para unirse á una esposa adúltera, renuncia á las promesas hechas á la Iglesia. Quien abandona á la Iglesia de Cristo no logrará las recompensas de Cristo... Quien no guarda esta unidad, no guarda la ley de Dios, ni guarda la fe del Padre y del Hijo, ni guarda la vida ni la salud. (*S. Ciprianus*, De cath. Eccl. Unitate, n. 6)."

Pero Aquel que ha instituido la Iglesia única la ha instituido una; es decir, de tal naturaleza, que todos los que debían ser sus miembros habían de estar unidos por los vínculos de una sociedad estrechísima, hasta el punto de formar un solo pueblo, un solo reino, un solo cuerpo. "Sed un solo cuerpo y un solo espíritu, como habéis sido llamados á una sola esperanza en vuestra vocación. (*Ephes.* iv, 4)."

En vísperas de su muerte, Jesucristo sancionó y consagró del modo más augusto su voluntad acerca de este punto en esta oración que dirigió á su Padre: "No

Una tan grande y absoluta concordia entre los hombres debe tener por fundamento necesario la armonía y la unión de las inteligencias, de la que se seguirá naturalmente la armonía de las voluntades y el concierto en las acciones. Por esto, según su plan divino, Jesús quiso que la unidad de la fe existiese en su Iglesia; pues la fe es el primero de todos los vínculos que unen al hombre con Dios, y á ella es á la que debemos el nombre de *fieles*.

"Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo (*Ephes.* iv, 5);" es decir, del mismo modo que no tienen más que un solo Señor y un solo bautismo, así todos los cristianos del mundo no deben tener sino una sola fe. Por esto el apóstol San Pablo no pide solamente á los cristianos que tengan los mismos sentimientos y huyan de las diferencias de opinión, sino les conjura á ello por los motivos más sagrados: "Os conjuro, hermanos míos, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que no tengáis más que un mismo lenguaje, ni sufráis cisma entre vosotros; sino que estéis todos perfectamente



unidos en el mismo espíritu y en los mismos sentimientos. (*I Cor. I, 10*).» Estas palabras no necesitan explicación, seguramente; son por sí mismas bastante elocuentes.

Además, aquellos que hacen profesión de cristianismo reconocen de ordinario que la fe debe ser una. El punto más importante y absolutamente indispensable, aquel en que yerran muchos, consiste en discernir de qué naturaleza, de qué especie es esta unidad. Pues aquí, como Nos lo hemos dicho más arriba, en semejante asunto no hay que juzgar por opinión ó conjetura, sino según la ciencia de los hechos; hay que buscar y comprobar cuál es la unidad de la fe que Jesucristo ha impuesto á su Iglesia.

La doctrina celestial de Jesucristo, aunque en gran parte esté consignada en libros inspirados por Dios, si hubiese sido entregada á los pensamientos de los hombres no podría por sí misma unir los espíritus. Con la mayor facilidad llegaría á caer á los golpes de interpretaciones diversas, y esto no sólo á causa de la profundidad y de los misterios de esta doctrina, sino por la diversidad de los entendimientos de los hombres y de la turbación que nacería del choque y de la lucha de contrarias pasiones. De las diferencias de interpretación nacería necesariamente la diversidad de los sentimientos, y de ahí las controversias, disensiones y querellas, como las que estallaron en la Iglesia en la época más próxima á su origen: He aquí por qué escribía San Ireneo hablando de los heréticos: «Confiesan las Escrituras, pero pervierten su interpretación. (*Lib. III, cap. XII, n. 12*).» Y San Agustín: «El origen de las herejías y de los dogmas perversos que tienden lazos á las almas y las precipitan en el abismo, está únicamente en que las Escrituras que son buenas se entienden de una manera que no es buena. (*Evang. Joan. tract. XVII, cap. V, n. 1*).»

Para unir los espíritus, para crear y conservar la concordia de los sentimientos, era necesario además de la existencia de las Sagradas Escrituras, otro principio. La sabiduría divina lo exige, pues Dios no ha podido querer la unidad de la fe sin proveer de un modo conveniente á la conservación de esta unidad, y las mismas Sagradas Escrituras indican claramente que lo ha hecho, como lo diremos más adelante. Ciertamente el poder infinito de Dios no está ligado ni constreñido á ningún medio determinado, y toda criatura le obedece como un dócil instrumento. Es, pues, preciso buscar, entre todos los medios de que disponía Jesucristo, cuál es el principio de unidad en la fe que quiso establecer.

Para esto hay que remontarse con el pensamiento á los primeros orígenes del Cristianismo. Los hechos que vamos á recordar están confirmados por las Sagradas Letras y son conocidos de todos.

Jesucristo prueba, por la virtud de sus milagros, su divinidad y su misión divina; habla al pueblo para instruirle en las cosas del cielo, y exige absolutamente que se preste entera fe á sus enseñanzas; lo exige bajo la sanción de recompensas ó de penas eternas. «Si no hago las obras de mi Padre no me creáis. (*Joan. x, 37*).»

«Si no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no habrían pecado. (*Joan. xv, 24*).» «Pero si Yo hago esas obras y no queréis creer en Mí,

creed en mis obras. (*Joan. x, 38*).» Todo lo que ordena, lo ordena con la misma autoridad; en el asentimiento de espíritu que exige no exceptúa nada, nada distingue. Aquellos, pues, que escuchaban á Jesús, si querían salvarse tenían el deber no solamente de aceptar en general toda su doctrina, sino el de dar un pleno asentimiento del alma á cada una de las cosas que enseñaba. Negarse á creer, aunque sólo fuera en un punto, á Dios cuando habla, es contrario á la razón.

Al punto de volverse al cielo, envía á sus Apóstoles revistiéndoles del mismo poder con que el Padre le enviara; les ordenó que esparcieran y sembraran por todo el mundo su doctrina. «Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra. Id y enseñad á todas las naciones... enseñadlas á observar todo lo que os he mandado. (*Matth. xxviii, 18, 19, 20*).» Todos los que obedezcan á los Apóstoles serán salvos, y los que no obedezcan perecerán.

«Quien crea y sea bautizado será salvo; quien no crea será condenado. (*Marc. xvi, 16*).» Y como conviene soberanamente á la Providencia Divina no encargar á alguno de una misión, sobre todo si es importante y de gran valor, sin darle al mismo tiempo los medios de cumplirla, Jesucristo promete enviar á sus discípulos el Espíritu de verdad que permanecerá con ellos eternamente. «Si me voy os lo enviaré (al Paracleto)... y cuando este Espíritu de verdad venga sobre vosotros os enseñará toda la verdad. (*Joan. xvi, 7, 13*).» «Y Yo rogaré á mi Padre, y El os enviará otro Paracleto para que viva siempre con vosotros; este será el Espíritu de verdad. (*Joan. xiv, 16, 17*).» «El os dará testimonio de Mí, y vosotros también daréis testimonio. (*Joan. xv, 26, 27*).»

Además ordenó aceptar religiosamente y observar santamente la doctrina de los Apóstoles como la suya propia. «Quien os escucha, me escucha, y quien os desprecia me desprecia. (*Luc. x, 16*).»

Los Apóstoles, pues, fueron enviados por Jesucristo, de la misma manera que El fué enviado por su Padre: «Como mi Padre me ha enviado, así os envío Yo á vosotros. (*Joan. xx, 21*).» Por consiguiente, así como los Apóstoles y los discípulo se estaban obligados á someterse á la palabra de Cristo, la misma fe debía ser otorgada á la palabra de los Apóstoles por todos aquellos á quien instruían los Apóstoles en virtud del mandato divino. No era, pues, permitido repudiar un solo precepto de la doctrina de los Apóstoles, sin rechazar en aquel punto la doctrina del mismo Jesucristo.

Seguramente la palabra de los Apóstoles después de haber descendido á ellos el Espíritu Santo, resonó hasta los lugares más apartados.

Donde ponían el pie se presentaban como los enviados de Jesús. «Es por El (Jesucristo) por quien hemos recibido la gracia y el apostolado para hacer que obedezcan á la fe todas las naciones en su nombre. (*Rom. I, 5*).» Y en todas partes Dios hacía resplandecer bajo sus pasos la divinidad de su misión por prodigios. «Y habiendo partido, predicaron por todas partes, y el Señor cooperaba con ellos y confirmaba su palabra por los milagros que la acompañaban. (*March. xvi, 20*).»

¿De qué palabra se trata? De aquella evidentemente que abraza todo lo que habían aprendido de su Maestro



pues ellos daban testimonio públicamente y á la luz del sol de que les era imposible callar nada de lo que habían visto y oído.

Pero, ya lo hemos dicho, la Misión de los Apóstoles no era de naturaleza propia para perecer con las personas de los Apóstoles ó para desaparecer con el tiempo, pues era una misión pública é instituída para la salvación del género humano. Jesucristo, en efecto, ordenó á los Apóstoles que predicasen «el Evangelio á todas las gentes,» y que «llevaran su nombre delante de los pueblos y de los reyes,» y que «le sirviesen de testigos hasta en las extremidades de la tierra.»

Y en el cumplimiento de esta gran misión les prometió estar con ellos, y esto no por algunos años, ó por algunos períodos de años, sino por todos los tiempos, «hasta la consumación de los siglos.» Y acerca de esto escribe San Jerónimo: «Quien promete estar con sus discípulos hasta la consumación de los siglos, muestra con esto que sus discípulos vivirán siempre, y que El mismo no cesará de estar con los creyentes. (*In Matth. lib. IV, cap. XXVIII, v. 20*).»

¿Y cómo había de suceder esto únicamente con los Apóstoles, cuya condición de hombres les sujetaba á la ley suprema de la muerte? La Providencia Divina había, pues, determinado que el magisterio instituído por Jesucristo no quedaría restringido á los límites de la vida de los Apóstoles, sino que duraría siempre. Y en realidad vemos que se ha transmitido y ha pasado como de mano en mano en la sucesión de los tiempos.

Los Apóstoles, en efecto, consagraron á los Obispos y designaron nominalmente á los que debían ser sus sucesores inmediatos en «el ministerio de la palabra.» Pero no fué esto solo: ordenaron á sus Sucesores que escogieran hombres propios para esta función, y que les revistieran de la misma autoridad y les confiaran á su vez el cargo de enseñar.

«Tú, pues, hijo mío, fortifícate en la gracia que está en Jesucristo, y lo que has escuchado de mí delante de gran número de testigos, confíalo á hombres fieles que sean capaces de instruir en ello á los otros. (*II Tim. II, 1, 2*).» Es, pues, verdad que, así como Jesucristo fué enviado por Dios y los Apóstoles por Jesucristo, del mismo modo los Obispos y todos los que sucedieron á los Apóstoles fueron enviados por los Apóstoles.

«Los Apóstoles nos han predicado el Evangelio enviados por Nuestro Señor Jesucristo y Jesucristo fué enviado por Dios. La misión de Cristo es la de Dios, la de los Apóstoles es la de Cristo, y ambas han sido instituídas según el orden y por la voluntad de Dios... Los Apóstoles predicaban el Evangelio por naciones y ciudades; y después de haber examinado, según el espíritu de Dios, á los que eran las primicias de aquellas cristiandades, establecieron los Obispos y los Diáconos para gobernar á los que habían de creer en lo sucesivo... Instituyeron á los que acabamos de citar, y más tarde tomaron sus disposiciones para que cuando aquéllos murieran, otros hombres probados les sucedieran en su ministerio. (*Clemens. Rom. Epist. I ad Corinth. cap. XLII, XLIV*).»

Es, pues, necesario que de una manera permanente subsista, de una parte, la misión constante é inmutable de enseñar todo lo que Jesucristo ha enseñado, y de

otra, la obligación constante é inmutable de aceptar y de profesar toda la doctrina así enseñada. Esto es lo que San Cipriano expresa de un modo excelente en estos términos:

«Cuando Nuestro Señor Jesucristo, en el Evangelio, declara que aquéllos que no están con El son sus enemigos, no designa una herejía en particular, sino denuncia como á sus adversarios á todos aquellos que no están enteramente con El, y que no recogiendo con El ponen en dispersión su rebaño: El que no está conmigo, dijo, está contra Mí, y el que no recoge conmigo, espárce. (*Epist. LXIX ad Magnum, n. 1*).»

Penetrada plenamente de estos principios, y cuidadosa de su deber, la Iglesia nada ha deseado con tanto ardor ni procurado con tanto esfuerzo, como conservar del modo más perfecto la integridad de la fe. Por esto ha mirado como á rebeldes declarados, y ha lanzado de su seno á todos los que no piensan como ella sobre cualquier punto de su doctrina.

Los arrianos, los montanistas, los novacianos, los cuartodecimanos, los eutiquianos, no abandonaron, seguramente, toda la doctrina católica, sino solamente tal ó cual parte; y, sin embargo, ¿quién ignora que fueron declarados herejes y relajados del seno de la Iglesia? Un juicio semejante ha condenado á todos los fautores de doctrinas erróneas que fueron apareciendo en las diferentes épocas de la historia. «Nada es más peligroso que esos heréticos que, conservando en lo demás la integridad de la doctrina, con una sola palabra, como gota de veneno, corrompen la pureza y sencillez de la fe que hemos recibido de la tradición dominical, después apostólica. (*Auctor Tractatus de Fide orthodoxa contra Arianos*).»

Tal ha sido siempre la costumbre de la Iglesia, apoyada por el juicio unánime de los Santos Padres, que siempre han mirado como excluído de la comunión católica y fuera de la Iglesia á cualquiera que se separe en lo más mínimo de la doctrina enseñada por el magisterio auténtico. San Epifanio, San Agustín, Teodoreto, han mencionado un gran número de herejías de su tiempo. San Agustín hace notar que otras clases de herejías pueden desarrollarse, y que, si alguno se adhiere á una sola de ellas, por este mismo hecho se separa de la unidad católica. «De que alguno diga que no cree en esos errores (esto es, las herejías que acaba de enumerar), no se sigue que deba creerse y decirse cristiano católico. Pues puede haber y pueden surgir otras herejías que no están mencionadas en esta obra, y cualquiera que abrazase una sola de ellas cesaría de ser cristiano católico. (*De Heresibus, n. 88*).»

Este medio, instituído por Dios para conservar la unidad de la fe, de que Nos hablamos, está expuesto con insistencia por San Pablo en su epístola á los Efesos, al exhortarles, en primer término, á conservar la armonía de los corazones: «Aplicaos á conservar la unidad del espíritu por el vínculo de la paz, (*IV, 3 et seqq.*);» y como los corazones no pueden estar plenamente unidos por la caridad, si los espíritus no están conformes en la fe, quiere que no haya entre todos ellos más que una misma fe. «Un solo Señor y una sola fe.»

Y quiere una unidad tan perfecta que excluya todo peligro de error, «á fin de que no seamos como niños



vacilantes llevados de un lado á otro á todo viento de doctrina por la malignidad de los hombres, por la astucia que arrastra á los lazos del error.» Y enseña que esta regla debe ser observada, no durante un período de tiempo determinado, sino «hasta que lleguemos todos á la unidad de la fe, en la medida de los tiempos de la plenitud de Cristo.» ¿Pero donde ha puesto Jesucristo el principio que debe establecer esta unidad y el auxilio que debe conservarla? Helo aquí: «Ha hecho á unos Apóstoles, á otros pastores y doctores para la perfección de los Santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.»

Esta es también la regla que desde la antigüedad más remota han seguido siempre y unánimemente han

He aquí lo que dice Tertuliano: «Es evidente que toda doctrina, conforme con las de las Iglesias apostólicas, madres y fuentes primitivas de la fe, debe ser declarada verdadera; pues que ella guarda sin duda lo que las Iglesias han recibido de los Apóstoles, los Apóstoles de Cristo, Cristo de Dios... Nosotros estamos siempre en comunión con las Iglesias apostólicas; ninguna tiene diferente doctrina; éste es el mayor testimonio de la verdad. (*De Præscript.* cap. xxi).»

Y San Hilario: «Cristo, sentado en la barca para enseñar, nos hace entender que los que están fuera de la Iglesia no pueden tener ninguna inteligencia con la palabra divina. Pues la barca representa á la Iglesia, en la que sólo el Verbo de verdad reside y se hace escu-



GABÓN.—Jefe Reteno y Nkoma y su madre. (Pág. 394)

defendido los Padres y los Doctores. Escuchad á Orígenes: «Cuántas veces nos muestran los herejes las Escrituras canónicas, á las que todo cristiano da su asentimiento y su fe, parecen decir: En nosotros está la palabra de la verdad. Pero no debemos creerlos ni apartarnos de la primitiva tradición eclesiástica, ni creer otra cosa que lo que las Iglesias de Dios nos han enseñado por la tradición sucesiva. (*Vetus interpretatio Commentariorum in Matth.* n. 46).»

Escuchad á San Ireneo: «La verdadera sabiduría es la doctrina de los Apóstoles... que ha llegado hasta nosotros por la sucesión de los Obispos... al transmitirnos el conocimiento muy completo de las Escrituras, conservado sin alteración. (*Contra Hæreses*, lib. iv, cap. xxxiii, n. 8).»

char, y los que están fuera de ella y fuera permanecen, estériles é inútiles como la arena de la ribera, no pueden comprenderle. (*Comment. in Matth.* xxiii, n. 1).»

(Se continuará).

#### PROGRESO DE LA MISION CATÓLICA EN DINAMARCA

UN ministro protestante, jubilado, de Dinamarca, llamado Henning Jenssen, da los siguientes datos en un diario de Copenhague:

«La Iglesia luterana volverá, sin duda, en un porvenir no lejano, al Catolicismo, pues está ahora en un estado de discordia intestina. En nuestros días la Biblia y las creencias son atacadas acerbamente, no sólo



por los librepensadores, sino especialmente por los teólogos científicos luteranos, de modo que la Iglesia luterana, para tener la posibilidad de detenerse, se verá forzada á ponerse bajo una autoridad que tiene el poder legal de desvanecer todos estos ataques. Pero semejante autoridad se encuentra únicamente en el Romano Pontífice, donde por esta razón encontrarán un asilo todos aquellos que sienten la necesidad de una religión revelada, ó que buscan un refugio seguro contra el poder siempre creciente del Socialismo.

Los dos grandes antagonistas, el Socialismo y el Catolicismo, tienen un interés mutuo de conocer el uno al otro. Y por esta razón, yo escribo sobre la Iglesia católica en Dinamarca. Para tener información segura, me he dirigido á uno de los Prelados católicos en Copenhague, D. B. Hansen, quien me procuró con mucha amabilidad la información deseada.

Antes de ser aceptada la Constitución de 1829 no había libertad religiosa en Dinamarca, y los católicos, como todas las otras denominaciones discordantes con la Iglesia establecida, tenían prohibida toda obra de propaganda. Sin embargo, para los embajadores católicos de otras naciones había una iglesia católica en Copenhague, en la cual se celebraba la Misa. Se llamaba la iglesia de San Ansgario. Desde el año 1866 hay permiso de celebrar la Misa en la fortaleza Tredencida, en donde había algunos soldados católicos.

«Tan luego como la Constitución fué aceptada, principió la obra de la Misión católica. En 1860 había en Copenhague sólo 600 católicos con cuatro sacerdotes y una escuela parroquial de 70 niños. En Fredericia había 75 católicos con 1 sacerdote y 1 escuela parroquial de 15 niños. En 1894 el número era diez veces mayor: 6,000, y en las escuelas católicas hay ahora más de 1,000 niños.

«Al mismo tiempo ha crecido considerablemente el número de las iglesias católicas. En Copenhague, además de la iglesia de San Ansgario, hay ahora la iglesia de San José, la del Santo Rosario y la magnífica iglesia del Sagrado Corazón, que pronto estará terminada. También en Kristianshaon se edificará una iglesia.

«En las cercanías de Copenhague existe la iglesia católica de Olarup. Hay capillas en Helsingor, en Ledreborg y también en la fábrica de cristal de Holmegar para los obreros católicos. Encontramos iglesias católicas en Odense y Soendborg, en Holing, Fredericia, Horsens, Aarhus, Rander y Aalborg, por que en estas islas hay 1,000 obreros polacos.

«Cuéntanse ahora 30 sacerdotes católicos en Dinamarca, 15 de ellos son Jesuitas que se dedican á la obra de la educación en los colegios de Odrup y Conpenhague. De las Religiosas, las de San José son las más numerosas: 4 de ellas llegaron á Dinamarca en 1857, y ahora son 170. Tienen conventos en Copenhague, Odense, Fredericia, Aarhus y Rander: se dedican á la educación y asistencia de los enfermos, y las Hermanas de San José han establecido una casa de huérfanos en Copenhague.

«Se calcula que 200 personas al año abandonan la Iglesia establecida y se hacen católicos. La mayoría son pobres; no obstante, gran número de ellas pertenecen á la nobleza. Los más conocidos entre estos últimos son

el conde Holstein-Ledreborg y el embajador danés en París, conde Moltke Huitfeldt. Sobre todo las damas de la nobleza parecen sentir la atracción del Catolicismo. La nuera del presidente de Konsetz Reedtz Thotts, y la hermana del Ministro Bardenfleth son católicas. La suegra del que fué secretario de la Iglesia Scavenius es superiora de un convento en Copenhague. No es sino una cuestión de tiempo; toda la aristocracia será católica.

«La dama más conocida como católica fué la señora Berling, que falleció hace poco; favorecía altamente á los Jesuitas, edificó iglesias para ellos y un colegio en Odrup para el cual dejó 250,000 coronas para becas. También varios de los ministros protestantes se han hecho católicos. Hofolo Hansen se convirtió en edad muy avanzada, después de haber dejado su oficio con pensión. El año anterior un joven ministro en la flor de la edad renunció su oficio y se hizo católico.

«Es cosa evidente que tales conversiones provocan amargas reflexiones de parte de los ministros protestantes.»

#### EXTRAORDINARIO MOVIMIENTO AL CATOLICISMO EN CHINA

UN diario católico de Madrid da una noticia en gran manera consoladora para todos aquellos que desean ver extendido el reino de Dios en toda la tierra, y se alegran con los triunfos de la cruz de Cristo sobre el poder de las tinieblas y del pecado.

«Trátase, dice, de un movimiento extraordinario que se está notando en el vasto Imperio de la China hacia nuestra sacrosanta Religión.

«A 40,000 nada menos asciende el número de los hijos del Celeste Imperio de todas clases y condiciones, sin excluir los mismos mandarines y los más sabios literatos, que, renunciando los errores de la gentilidad y abandonando las prácticas de su culto supersticioso, se han presentado á un mismo tiempo y de una manera espontánea é inesperada á los misioneros católicos, pidiendo con humildad ser instruídos en los misterios de nuestra santa fe y regenerados con las aguas saludables del Bautismo.

«Así lo atestiguan los misioneros Dominicos españoles que se hallan predicando el Evangelio en aquellas apartadas regiones, en varias cartas dirigidas á sus hermanos de hábito, residentes en España y Filipinas.

«El hecho con las circunstancias con que lo refieren los Padres misioneros podrá parecer á muchos increíble, y tal nos parecería también á nosotros sinouviésemos en cuenta mas que el carácter y antecedentes históricos de la raza china.

«Y en verdad que no parece caber en lo humano y verosímil que esa raza más que ninguna otra altiva, metalizada, rutinaria, apegada á sus tradiciones, y que mira con el mayor desprecio todo lo extranjero; que esa raza, que por espacio de más de tres siglos ha opuesto la más tenaz resistencia á la acción constante y benéfica de los misioneros Dominicos españoles y otros que desde el año 1555 vienen trabajando en ella con heroicos esfuerzos, sin haber conseguido apenas más frutos que los de aquella viña de que nos habla el Espíritu Santo por



Isaías; no parece, repito, caber en lo humano y verosímil que ahora, renunciando á sus antiguas tradiciones, á las prácticas de sus antepasados y al culto de sus falsos ídolos, doble su dura cerviz al yugo suave de aquella Religión que predica la mansedumbre, la humildad y la pobreza, y se postre á los pies de los ministros de Jesucristo pidiendo luz y perdón.

«Mas lo que no parece caber en lo natural y humano, cabe perfectamente y sin dificultad ninguna en lo sobrenatural y divino. Y Aquel que es el Señor de las naciones, que tiene en su mano el corazón de los reyes, á cuya voz resucitó Lázaro de la muerte á la vida, y que puede hacer de la piedras hijos de Abrahán, puede también, si así le place, en su infinita misericordia iluminar á los que habitan en las tinieblas y sombra de muerte, y hacer de los adoradores de Satanás adoradores del Dios único verdadero y de su Hijo Jesucristo.

«¿Quién sabe si ha llegado ya la hora de las grandes misericordias de Dios para con aquella grande nación, que por tantos siglos ha permanecido sujeta á la esclavitud del príncipe de las tinieblas? ¿Quién sabe si el Señor se ha dignado ya escuchar las súplicas que incesantemente le dirigen desde el cielo tantos y tantos esclarecidos hijos del gran Domingo de Guzmán en favor de aquellos infelices, por cuya salvación abandonaron patria, casa y familia, renunciando á todas las comodidades de la vida, y entregándose voluntariamente y en país extraño á todas las privaciones, trabajos, sacrificios y aún á la misma muerte?

«Y si como dice Tertuliano: «La sangre de los Mártires es semilla de cristianos,» ¿cómo había de permanecer para siempre condenada á completa esterilidad la tierra que regaron con su sangre aquellos cinco ínclitos campeones de la fe, insignes glorias de España y de la Orden Dominicana, los bienaventurados mártires Dominicos españoles recientemente elevados por nuestro Santísimo Padre León XIII al honor de los altares: Ilmo. Sr. Fr. Pedro Mr. Sanz, Fr. Francisco Serrano, Fr. Joaquín Royo, Fr. Juan Alcolver y Fr. Francisco Díaz, los cuales indudablemente se interesan é interceden de un modo especialísimo por aquel reino que fué el teatro de su vida y martirio? ¿Cómo no había Dios de dar incremento á aquel campo que ellos habían regado con la misma sangre de sus venas? ¿Cómo podía dejar de escuchar sus súplicas en favor de aquellos cuya salvación El mismo les había confiado?

«Por nuestra parte creemos como fuera de duda que ese movimiento extraordinario hacia el Catolicismo que al presente se observa en China es debido á la especial intercesión de los cinco dichos bienaventurados Mártires, y lo consideramos como una señal con que Dios se complace en aprobar desde el cielo su beatificación en la tierra.

«Pidamos al cielo que ese movimiento, que ha comenzado de un modo tan extraordinario, continúe y se propague rápidamente por todo aquel vastísimo Imperio.

«Pidamos asimismo al gran Padre de familias se digne mover los generosos corazones de muchos jóvenes para que se resuelvan con valor á ir á trabajar en aquella grande viña, pues éste es el caso en que tienen su más perfecto cumplimiento aquellas palabras del Divino Salvador: *La mies es mucha, mas los operarios pocos.*

«Y al rogar por la propagación de la fe y extensión del reino de Jesucristo en China, no nos olvidemos de rogar también por que siempre se conserve viva y se aumente en esta nuestra amada patria aquella fe que fué siempre la causa principal de nuestras grandezas y glorias pasadas, y que es también el primero y más indispensable remedio de todos nuestros males y desgracias presentes.—F. P. B.»

## CRÓNICA

**Armenia.**—El P. Salvador de Capadocia, franciscano, cuyo retrato damos en la página 385, es una de las más gloriosas víctimas de los asesinatos de Armenia, de que ya tienen noticia nuestros lectores. La siguiente carta da algunas noticias de dicho Padre y de su firmeza en la confesión de la fe:

«Era el P. Salvador de la Reformada Provincia de Roma, misionero apostólico con diecisiete años de servicio en Tierra Santa, presidente y párroco de la estación de Mugiuk-Deresi, cerca de Marasch, de donde no quiso separarse porque no faltasen á sus feligreses los auxilios espirituales y temporales que tanto necesitaban en aquellas críticas circunstancias. Según carta del Padre Presidente de Marasch, fecha 1.º de los corrientes, que es la que vino á confirmar todas las sospechas que antes abrigábamos, en medio de los disturbios y matanza de que en todas partes se tiene ya noticia, se hallaba el P. Salvador con sus fieles latinos, cuando para apagar el incendio de la revolución se presentaron en las cercanías de Mugiuk-Deresi dos batallones de tropa regular turca al mando de un coronel (Emiralai).

«Este malvado jefe, so pretexto de conducir con todas las garantías de seguridad á nuestro misionero y ponerlo á buen recaudo en el hospicio de Marasch, lo mandó prender, con más otros once católicos latinos, que los turcos pudieron haber á las manos; y á fuera de poblado, entre Mugiuk-Deresi y Marasch, los mismos soldados tentaron al Padre y á sus once feligreses á abandonar la fe cristiana y hacerse musulmanes. Constantes ellos en su Religión sacrosanta, é impertérritos ante el alfanje de sus verdugos, fueron bárbaramente asesinados (á bayonetazos, dice el oficio), y después de ejecutar en sus cuerpos palpitantes una carnicería imposible de concebir, fueron quemados en el mismo lugar de su martirio, que martirio puedo llamarlo, salva la declaración de la Iglesia, á ser ciertos todos los extremos del comunicado que tengo á la vista.»

**Danis de Bohol (Filipinas).**—En una carta recibida de dicho punto, comunican lo siguiente:

«Ahora voy al segundo objeto de esta carta, que es darle noticias de las fiestas que hemos celebrado en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

«Con grandísima satisfacción, pues, puedo comunicarle el hermoso y consolador resultado que ha producido en este centro del Apostolado que no cuenta más que cuatro meses escasos de existencia, el gran novenario celebrado en esta cabecera, que dió principio el día del Corpus y terminó el día 12, fiesta del dulcísimo Corazón de Jesús. En los nueve días estuvo adornada la iglesia como en las grandes festividades. Todos los días hubo Misa cantada expuesto Su Divina Majestad, y por las tardes durante la novena, también estaba expuesto el Santísimo. Daba gozo ver cómo acudían presurosos á prosternarse ante Jesús Sacramentado chicos y grandes, pobres y ricos, niños y ancianos, y á la cabeza de ellos toda la principalía, que dóciles á las voces del celoso Pastor iban como mansas ovejas á recibir de Jesús las gracias que siempre nos tiene preparadas. Durante el novenario fueron innumerables las almas que iban á recibir el Pan de los Angeles; y como eran tantos los que querían reconciliarse con Dios, y el P. Gregorio se encontraba solo (por no saber el bisaya el compañero que tiene), tuvo que apelar á otros Padres, y de esta manera pudo acabar de confesar hasta los últimos.



«Muchísimos se han investido el escapulario, y más de la mitad aún no lo tiene. Pero poco á poco ya lo voy encargando á Manila.

«En la procesión daba gusto ver á todos con sus escapularios y los celadores y celadoras con sus quincenas. Detrás del carro iban la presidenta honoraria (que es la señora del gobernador), la efectiva, y yo, como nos lo ordenó el P. Gregorio. A lo último iban él y otros dos que le servían de diácono y subdiácono.

«La víspera fuimos la gobernadora y yo á la iglesia, pues el P. Gregorio suplicó que fuéramos á arreglar el altar. Ella puso todos los jarrones que adornaban su salón, y yo también puse las flores para los mismos. De esta manera apareció el altar diferente de los ocho días anteriores. Le notifiqué que la señora ésta es muy buena, y siempre ha sido la primera en ir á la iglesia en todas las funciones; así es que el Padre nos la proponía como modelo á todas, pues desgraciadamente aquí son muy raros los españoles que sean buenos cristianos. Su señor marido y ella son los únicos que cumplen con los preceptos de la Iglesia.

«Se me pasó decirle que durante la exposición del Santísimo hemos velado las Celadoras con nuestros coros, y lo mismo los hombres. El viernes 12, día de la fiesta, estuvo expuesto el Santísimo todo el día, y la iglesia siempre llena de gente.»

**Australia.**—Acaba de ser publicada la carta pastoral de los Arzobispos y Obispos de Australia reunidos en su segundo Concilio Plenario. De ella sacamos los consoladores informes que van á continuación:

La población católica de Australia asciende á más de 80,000. Sin ningún socorro proveniente de los fondos públicos, esos católicos sostienen cerca de 900 sacerdotes, seculares y regulares. Del mismo modo mantienen casi 400 Hermanos docentes y más de 3,000 Hermanas.

Existen entre ellos 22 colegios para niños y jóvenes, 114 colegios para niñas, 146 escuelas superiores para externos, más de 800 escuelas primarias, y 62 instituciones de beneficencia. El número de los que se educan en escuelas y colegios no baja de 100,000.

Estos hechos hablan elocuentemente de la actividad que suele desplegar en todas partes el Catolicismo, no siendo Australia el país en que á la siembra haya menos correspondido la cosecha.

Nótese una vez más el empeño que pone la Iglesia en abrir escuelas en donde quiera.

**Noticias varias.**—Por haber sido designado por Su Santidad para la Nunciatura de los Estados Unidos el general de la Orden Agustiniense Rdo. P. Martinelli, una de las figuras más salientes de Roma y digno por tanto del alto cargo que se le había conferido, ha sido nombrado para el generalato de la precitada Orden un español, el R. P. Tomás Rodríguez, actual procurador de la misma.

Es el P. Rodríguez persona de reconocida aptitud, poseyendo un talento clarísimo y dotes de gobierno poco comunes. La elección no ha podido ser más acertada, y el haber recaído en un español honra en gran manera á los Agustinos de nuestra nación, entre los que hay Religiosos de gran valía y relevantes méritos.

—Ha fallecido á la edad de ochenta y cinco años M. Santiago Perboyre, de la Orden de San Vicente de Paúl, que tuvo estos últimos años el placer de asistir á las fiestas de la beatificación de su hermano, mártir en la Oceanía.

—Los Benedictinos ingleses tratan de fundar colegios propios en las Universidades de Oxford y Cambridge, con el nombre de *Casas de estudio*. Entre todas las Congregaciones religiosas que en Inglaterra existen, ninguna es tan respetada por el pueblo como la que lleva el mismo hábito que vistieron San Gregorio el Grande, San Agustín de Cantorbery y los demás Apóstoles de la Gran Bretaña.

—El Czar de Rusia ha dado mil rublos (2,650 francos) al reverendo P. Lagrange, Dominicano superior del convento de San Esteban, en Jerusalén, en agradecimiento al envío que dicho Religioso le hizo de su obra *San Esteban y su santuario*.

Esta liberalidad del Emperador de Rusia demuestra la situación adquirida por la escuela de estudios bíblicos que con tanto acierto dirigen los Padres Dominicos en Jerusalén.

—Ha muerto de fiebre amarilla, á los veintiocho años de edad, el celosísimo misionero P. Jobard, que ha ejercido su ministerio apostólico en la India, enseñando en Pondichery y en Cuddalore. El Arzobispo de la primera ciudad ha publicado una Pastoral aplaudiendo el nunca desmentido celo del P. Jobard.

**UN TEMPLO DEL SOL CONVERTIDO EN IGLESIA.**—El Ilmo. Falcón, obispo de Cuzco, ciudad del Perú y antigua ciudad de los Incas, construida en una meseta de la cordillera de los Andes á 3,500 metros sobre el nivel del mar, después de una Misión de quince días ha procedido á la ceremonia de la consagración del antiguo templo del Sol, con asistencia de los canónigos de la Catedral, de los Padres Dominicos, Franciscanos y de la Merced, y miembros de todas las Comunidades religiosas de la diócesis.

## VARIEDADES

### EL PRIMER MÁRTIR DE LA SAGRADA EUCARISTÍA

EL primer mártir de la Sagrada Eucaristía es un adolescente, lo cual es en verdad una gloria al par que un ejemplo para nuestros niños cristianos. Encabezan la legión de los Mártires con la de los inocentes en el nacimiento de Jesús; y asimismo es un niño la primera víctima de la Eucaristía, y expira sobre el Corazón mismo de Jesucristo.

El cardenal Wisemán nos ha revelado ese martirio en páginas llenas de encanto, y ya que no tenemos espacio para reproducirlas íntegramente, vamos á hacer un extracto de ellas.

La escena pasa en Roma. Corre el tiempo en que la Iglesia sufre el odio sanguinario del Paganismo, y en consecuencia las prisiones están llenas de cristianos. Se desea llevar á éstos de alguna manera el Pan de los fuertes, la Eucaristía. El sacerdote Dionisio acaba de celebrar la Misa, y busca entre los concurrentes un mensajero fiel y valeroso. Entonces acontece lo que el ilustre Cardenal nos refiere en los siguientes términos:

#### I

Consagrado está ya el Pan que da la vida eterna. El sacerdote desde las gradas del altar se vuelve á buscar con la mirada á aquel que haya de confiar la misión augusta. De pronto el acólito Tarcisio sale de entre los concurrentes y va á arrodillarse á los pies del celebrante. Su rostro tiene la expresión de un ángel. El sacerdote lo contempla, y conmovido y lleno de admiración exclama:

—Bien está, hijo mío; pero tú eres demasiado joven.

—Mi juventud antes es útil para la misión que deseo cumplir. Os lo ruego, no me rechazéis, no me neguéis este honor.

Y al hablar así el piadoso joven lloraba.

El sacerdote no pudo resistirse. Tomó en sus manos la Sagrada Eucaristía, la guardó y encerró respetuosamente en un paño blanco, la cubrió con otra tela y confió el adorable depósito al joven acólito.

—Recuerda, oh Tarcisio, recuerda que un tesoro



celestial está en tu poder y puesto bajo tu custodia. Guarda con fidelidad ese don sagrado de Dios. Mira que las perlas no han de echarse á los cerdos.

—Padre, moriré antes que dejar que la Santa Hostia caiga en poder de los paganos....

El angelical adolescente colocó el Depósito divino entre los pliegues de la túnica, cerca de su corazón, y recogido, fervoroso, se encaminó á cumplir el encargo de llevar el Sagrado Pan á los prisioneros cristianos. Al atravesar las calles de Roma tenía cuidado de no pasar por los sitios más concurridos; pero ya poco antes de llegar á las cárceles le fué preciso entrar en una gran plaza donde á la sazón se encontraban jugando varios niños.

—Mira, dijo uno de los escolares, ahí viene Tarcisio, que completará el número.

Se acercan á Tarcisio y lo convidan, pero él se excusa repetidas veces manifestando que no puede acompañarlos.

—¿Te niegas á jugar con nosotros? No admitimos excusas. Ven á jugar.

—No puedo; dejadme, os lo ruego, decía el niño cristiano; y en tanto estrechaba contra su pecho el Sagrado Depósito. Entonces uno de los compañeros le interpeló:

—¿Qué llevas ahí con tanto cuidado? Daca; podemos ponerlo allí mientras jugamos. Muestra lo que tienes ahí.

—¡Jamás, jamás! exclamo Tarcisio al ver que el compañero extendía la mano para apoderarse del objeto reservado. Luego Tarcisio quiso huir; pero todos los que le rodeaban, llenos de curiosidad, quisieron saber qué llevaba oculto con tal esmero, y le sacudieron los brazos, con burlas y violencia. Nada consiguieron, empero: Tarcisio resistió á sus esfuerzos. Mientras esto sucedía, pasaron por allí varios hombres de la vecindad, y atraídos por aquella vocería, se acercaron á preguntar cuál era el caso. Vieron á un niño que, en medio de todos los otros, y con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía dotado de una fuerza sobrehumana. Las amenazas, las violencias, los atropellos no le movían ni le conmovían. Los soportaba con entereza, sin cólera, sin contestar en ninguna forma. Reunía toda su energía en guardar el Depósito Santo. De repente una voz exclama entre los de la muchedumbre:

—¡Este es un cristiano cargado de reliquias! Al oír estas palabras la curiosidad de los paganos se redobla: todos quieren ver, tocar, profanar los misterios de los cristianos.

Un grito general, formidable, sale á la vez de todas las gargantas:

—¡Cojamos el Depósito! ¡cojamos esas reliquias de los cristianos!

Más intrépido que nunca, el heroico niño les responde:

—No las tendréis, no las tomaréis, sino al quitarme la vida.

En este momento un herrero le asesta un golpe por la espalda, y otro, y otro, y llueven golpes sobre el niño, que cae bañado en sangre, pero siempre con los brazos cruzados, estrechando el Tesoro que le han confiado.

## II

Ya la multitud se precipitaba sobre el niño mártir para arrancarle la reliquia, cuando de pronto sintieron esos cobardes que un brazo de fuerza titánica los arrojaba á diestro y siniestro. Volvieron los ojos asombrados y vieron á un oficial cristiano, de férreos músculos, que se inclinaba hacia el jóven, muy conocido suyo.

Cuando ya estaba apartada la muchedumbre, el oficial se inclinó hacia el heroico niño, y con la ternura de una madre le dijo:

—¿Estás herido, amigo mío?

El jóven abrió los ojos; una sonrisa celestial iluminó su rostro.

—Llevo sobre el pecho, contestó, la Sagrada Eucaristía. Recibid y custodiad este Depósito.

El robusto soldado romano alzó en sus brazos al niño, con el temor y el respeto que le inspiraba la idea de que levantaba á la vez el cuerpo de un mártir cristiano y el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

La cabeza de la amable víctima descansaba lánguidamente sobre el hombro del oficial legionario; pero las manos del niño siempre se cruzaban con energía sobre el pecho.

Nadie se atrevió á detener al oficial ni á interpellarlo: la multitud se abrió en dos alas para dejarle el paso. Pocos momentos después, y no lejos de allí, el niño cristiano, todavía en brazos del oficial, exhaló el último suspiro, unido estrechamente su corazón al Divino Corazón de su Dios.

El venerable sacerdote Dionisio no pudo contener las lágrimas al ver á Tarcisio, lívido, todavía con las manos cruzadas sobre el pecho, y al hallar allí, intacto, al Santo de los Santos.

El niño mártir tenía, aun más que durante su vida, el rostro iluminado por una blancura celestial. Parecía un ángel adormecido sobre el Corazón de Jesucristo.

El oficial cristiano alzó de nuevo en sus brazos á la noble víctima y la llevó al cementerio de Calisto. Los más antiguos en la fe de Jesús presenciaron allí el entierro, y al inclinarse sobre la fosa, esos ancianos lloraban de admiración y de ternura.

Más tarde el Papa San Dámaso compuso para nuestro héroe el siguiente epitafio:

*Tarcisium sanctum Christi sacramenta gerentem,  
Cum male sana manus peteret vulgare profanis,  
Ipse animam potius voluit dimittere cæsus  
Prodere quam canibus rabidis celestia membra.*

La fiesta de este magnánimo adolescente se celebra el 15 de Agosto.

## SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE



Para las Misiones más necesitadas

En sufragio del alma del Párroco de Rubianes. . . 6 ptas.  
Bárbara Valdés Hevia, de Gijón. . . . . 17'40 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona